

RUBEN SALAZAR MALLEN  
**EJERCICIOS:**  
SOLEDAD • ADRIANA  
INEXORABLEMENTE  
CANDIDA • RUTA

---

MEXICO



---

1 9 5 2



A la  
preciosa  
Junca este  
corralito  
salvamento  
15/11/52

## EJERCICIOS

S O L E D A D  
A D R I A N A  
INEXORABLEMENTE  
C A N D I D A  
R U T A



# SOLEDAD



## I

**L**A mano de Aquiles Alcázar resbaló de la almohada a las revueltas sábanas. La mitad del movimiento tuvo su impulso en un repentino deseo de apartar las ropas de cama; la mitad restante fué ya un ademán vacío de intención. ¿Qué solicitaba al señor Alcázar para que abandonara el lecho? ¿Por qué había de levantarse a las ocho de la mañana?

Porque eran, sin duda, las ocho de la mañana. La luz del día se colaba por las maderas entreabiertas del balcón, indicando la hora mejor que un reloj. Alcázar, Aquiles Alcázar, se había habituado de tal suerte a los reflejos de su aposento, que en cualquier época del año y cualesquiera que fueran las condiciones de la atmósfera, podía precisar la hora. No es difícil explicárselo: desde veinte años antes vivía en la habitación en que despertó hace un momento. Veinte años permiten conocer no sólo los reflejos, sino también los ruidos y los olores de la más huraña alcoba.



Aparte la frecuencia, en la habilidad de Aquiles jugaba un papel muy importante la certidumbre de que jamás podría adquirir un reloj. Había llegado a la cincuentena sin salir de su modesta categoría de ciudadano Aquiles Alcázar, oficial quinto del Departamento de Bellas Artes de la Secretaría de Educación Pública.

¿Por qué?

Nadie podría decirlo. El ciudadano Alcázar poseía una lúcida inteligencia y una envidiable instrucción. Su talento, desde luego, superaba en mucho al de todos sus compañeros de oficina, inclusive el jefe del Departamento. Era éste un joven barbilindo de unos treinta años, vanidoso y déspota, pero, sobre todo, ignorante. Eso sí, atesoraba grandes méritos revolucionarios: largaba encendidos discursos al menor pretexto y había publicado un tomo de versos en que las palabras corazón y revolución rimaban lindamente. Los discursos suscitaban el aplauso de multitudes diestras en esos menesteres; en cuanto a los versos, atraían, como el imán a la limadura de hierro, los elogios de las declamadoras a sueldo del Departamento.

Otros méritos revolucionarios poseía: a veces llegaba tambaleándose, ebrio, a su despacho, otras recibía a mujeres de inconfundible aspecto y parloteaba y reía a carcajadas con ellas. Si por azar el oficial mayor asomaba las narices por el Departamento de Bellas Artes, ya el barbilindo señor Vázquez estaba

deshecho en miel y sonreía con el gesto, con la actitud, hasta con los pliegues de la ropa y el nudo de la corbata.

Y el señor Vázquez era el mejor de todos. Había quien, como el encargado de la sección de música, preguntaba con insolente desenfado: "Mozart, el de las nueve sinfonías, ¿no es cierto?". Otro, el señor Gómez, admitió que se concediera la propiedad literaria de un volumen de versos a un audaz, cuyo esfuerzo se había reducido a copiar fielmente los de un poeta sudamericano.

...Así andaban las cosas.

Las mecanógrafas más bonitas estaban enredadas con sus jefes, en tanto que el trabajo era desempeñado por las menos agraciadas. Y las lecturas de todos, hombres y mujeres, no iban más allá del consabido Lenin, o de las novelas de Pitigrilli y de Guido de Verona.

En eso pensaba con disgusto Aquiles Alcázar cuando un imprevisto estornudo vino a desviar el rumbo de sus reflexiones: no faltaba sino que hubiera pescado un resfriado en uno de sus días de asueto.

Como para desvanecer toda duda acerca de ello, un nuevo estornudo sacudió al enclenque cuerpo del señor Alcázar. Y tras el segundo, el tercero. El empleado se cubrió con las sábanas hasta los ojos y, persuadido de que había cogido un resfriado, se propuso dormir.



Pero estaba escrito que el tumultuoso torrente de las ideas no dejaría espacio al sueño: Aquiles Alcázar empezó a hundirse inesperadamente en amargas consideraciones acerca de la injusticia que domina al mundo. ¿Por qué los virtuosos han de ceder el paso a los perversos, los inteligentes a los estúpidos? Todo en la vida ha sido organizado en servicio de los perversos y los estúpidos, todo es canallesco o idiota. Más todavía en nuestra época: ahora sólo hay una clase de méritos, los méritos revolucionarios. Estos son tan accesibles, que basta a un pelagatos lavar escupideras para que se le llame "camarada" y, desde una pretendida justicia tutelar, se le ofrezcan las mejores oportunidades. Por otra parte son tan caros, que basta que un hombre tenga cuatro dedos de frente y un barniz de cultura, para que las puertas le sean cerradas. ¡Como si el hermoso mundo humano pudiera construirse con la habilidad para lavar escupideras!

Así meditaba Aquiles Alcázar y tanto fuego puso en su meditación, que pasó por alto cuatro estornudos más; pero cuando su encolerizada retórica le dijo que no es posible construir el hermoso mundo humano, con la habilidad para lavar escupideras, suspendió, alarmado, su pensamiento. "Dios mío, se dijo, si me oyeran, me cesarían por reaccionario".

Recordó que todos, en la oficina, hablaban a carrillos llenos de revolución. Al hacerlo, se emocionaban, ponían los ojos tiernos, temblorosa la voz. ¡Cómo

los odiaba Alcázar! Los odiaba desde hacía tiempo; pero mucho más desde ayer en que con grosero desparpajo manifestaron hacia él un inexcusable desprecio.

El súbito recuerdo le produjo una indecible agitación. En su memoria vió a Pastrana que, con una cínica sonrisa, decía a Esperanza, la esbelta y rubia Esperanza, orgullo de la oficina: "Nos bañaremos en la alberca del Hotel de la Selva..." Después bailoteando grotescamente, había ido hacia Torres, un granuja. En seguida se dirigió a Elena, luego a Ochoa, a Rojo... A cada uno invitó en las mismas narices de Alcázar; mas cuando pasaba ante éste, seguía de largo, como si pasara ante un mueble. "No, joven, eso no se hace con un compañero de trabajo; eso delata falta de camaradería y, lo que es peor, de educación".

Mientras enunciaba este soliloquio, el empleado se puso rojo hasta la raíz de los cabellos. Creía que estaba dominado por la indignación; pero en el fondo, en el oscuro fondo de sí mismo que no osaba ver, se sentía humillado y avergonzado. "Bien sabías que no había de aceptar, pero exijo cortesía. A mí no me importa que me inviten o dejen de invitarme; lo que quiero, lo que pido, ¡eso es, lo que no estoy dispuesto a ceder!, son las atenciones que merezco. ¿A santo de qué iba a correr yo una juerga con muchachos mal educados? No me importa nada, nada. No soy un grande hombre, no soy un semidiós, soy simplemente



Aquiles Alcázar; pero Aquiles Alcázar, jovenzuelos, ocupa su puesto porque trabaja, no por méritos revolucionarios o por recomendaciones. ¡Y así olvidan invitarme!”.

La monstruosidad de semejante conducta aturdió de tal modo al señor Alcázar, que durante unos momentos permaneció perplejo, con la mente hecha un caos en donde hervían mil atroces gérmenes incapaces de encontrar expresión. De ese caos surgió poco a poco, tan sutilmente que pareció presentarse de pronto, una implacable resolución, una voluntad incontenible de reivindicar el decoro ultrajado. “Pues bien, no ha de ser, no ha de consumarse este absurdo. Si ustedes no se toman la molestia de invitarme, me invitaré yo mismo; pero conste, ¡conste por última vez!, que no lo hago porque me interesa ir a Cuernavaca, sino por desagraviar mi dignidad. Lo repito: no es que sienta el menor deseo de pasear con ustedes; lo que no admito, lo que no puedo admitir, es que se me haga a un lado como a un trasto viejo. Soy de carne y hueso, como ustedes, y olvidarme es una infamia”.

“¡Una infamia!”, insistió con amargura; pero se repuso inmediatamente y la resolución corrió por sus nervios. “Sé en dónde han de reunirse y todavía es tiempo, ¡mequetrefes!”

Un indiscreto estornudo cercenó su apóstrofe. “No cabe duda que es un resfriado”, se dijo trásido de ternura; e inconscientemente dirigió la mirada al

pedazo de cielo, un pedacito, una rendija, que se veía tras el balcón. “¡Demonio, se me va a hacer tarde!”, exclamó para sus adentros saltando de la cama: a juzgar por la intensidad de la luz, debía faltar muy poco para que dieran las nueve.

“¿Pero me voy a exponer a que me dé un constipado por esta futilidad?”, dudó. Como tenía los calcetines en la mano, no quiso pensar más: se vistió en un santiamén. “¿Para qué he de lavarme?”, se preguntaba. “Esa gente no lo agradecería, y, además, yo no soy un dandy. ¡Vamos, vamos!”.

Salió corriendo de su habitación, alisándose los revueltos cabellos con la palma de la mano. Estaba decidido a llegar a tiempo a toda costa. De dos zancadas salvó el vestíbulo que hacía veces de comedor en la casa de huéspedes. Estaba a punto de alcanzar la escalera cuando dió de manos a boca con la patrona.

—¿No desayuna usted antes de irse? —preguntó la mujer.

—Permítame, señora, llevo mucha prisa... yo, este...

—Ahora no hay trabajo en ninguna parte —insinuó con voz amable la patrona, creyendo que el señor Alcázar lo había olvidado.

—Eso no obstante, le ruego...

Bajó a escape la escalera. Al trasponer la puerta de la calle, no pensaba en nada, no tenía una sola idea en las sienes. Ya en la acera, ante un tranquilo tran-



seunte y bajo el frío cielo de otoño, tuvo un relámpago de indecisión: había dejado el sombrero arriba. "Puede llover, o... En todo caso, no es propio... El viento de la mañana... Y luego, puede hacerse tarde..." Dió unos pasos hacia la esquina. "No he de morir por eso".

Inesperadamente, sin habérselo propuesto, se detuvo en seco. "El caso es que estoy constipado. Si se tratara de un simple paseo, nada importaría; pero no es eso, no. Lo que busco es poner a salvo mi decoro. Y no voy a darles el gusto de morirme a esos sinvergüenzas..."

Retrocedió vivamente.

## II

La confusión había cobrado proporciones increíbles en su mente. Ya no pensaba, sino que engendraba, para revolverlas locamente, frases cercenadas, palabras sueltas, que no correspondían o que no encontraban idea a qué adherirse. No solía padecer tales estados de ánimo. Mejor dicho: nunca había padecido un estado de ánimo tal, y eso, sin que él se percatara, lo atormentaba obscuramente, aumentaba su malestar, y, sobre todo, le impedía proceder con sensatez.

De haberlo hecho, se habría recluso en su modesta habitación: estaba acalenturado. No se le ocurrió ni por un momento que pudiera sucederle cosa seme-

jante y apenas hubo retrocedido dos pasos, se detuvo nuevamente, perplejo. Al fin había en su cerebro un pensamiento claro, preciso, aunque indeclinablemente depresivo: "¿Qué puedo esperar de gente así? A la mejor me despachan con cajas destempladas y se ríen de mí. Pues bien, jovenzuelos, no les daré ese gusto. No, no he de buscarles la cara, así se caiga el mundo... Sí, eso es, se reirán de mí... ¿Conque eso esperaban ustedes? Ya lo veo: "Ahí viene el viejo Alcázar, vamos a reírnos de él". Es inútil, yo no soy un bufón y no les daré esa oportunidad".

Todo esto se dijo en una fracción de segundo, en un lapso tan breve que no habría bastado para respirar una vez. Aquiles Alcázar apretó los puños furiosamente, y como si aquel ademán le hubiese inspirado nuevas reflexiones, se confesó que los excursionistas no lo esperaban, ni querían su compañía. En realidad lo despreciaban y lo habían excluido deliberadamente del paseo.

El señor Alcázar ensayó el principio de un suspiro, sintió cómo el pecho se llenaba de un aire grueso y pesado. Antes que acabara de suspirar, ya tenía formado un propósito: "Puesto que no me esperan ni me quieren, les molestará que trate de acompañarlos. Entonces, una de dos: o me aceptan y les aguo la fiesta, o me rechazan, pero les hice pasar un mal rato. De cualquier modo, yo gano".



Por extraña cerebración, pensó que aquella sería una magnífica venganza, un desagravio prolongado y angustiosamente esperado. En su memoria se atropellaron menudos recuerdos, datos relativos a sucesos en los que no había parado mientes o a los que nunca, antes, atribuyó importancia. Recordó con una diafanidad espantosa que el lunes Elena había llevado bombones (algún querido se los regalaría) y obsequió a todos, menos a él, a Aquiles Alcázar. ¿Cómo pudo fijarse en tan nimio acontecimiento? No, ciertamente no había reparado en él, lo dejó pasar sin apenas prestarle atención; pero ¿por qué recordarlo? El señor Alcázar vió pasar, entre el tropel de sus reflexiones, esa pregunta. Encontró una respuesta insegura, titubeante: "Tal vez el respeto...", e inmediatamente se asió a ella con desesperación: "Eso es, me respetan y se avergüenzan de respetarme, son muchachos orgullosos, y aunque en el fondo tienen sentimientos nobles, se sentirían muy débiles si lo confesaran. Eso es todo: miedo de parecer débiles, no odio o desprecio hacia mí".

A todo esto había llegado a la esquina en donde de ordinario esperaba el tranvía. Inconscientemente se detuvo. Una llovizna delgada y fría descendió a la sazón del cielo plomizo, cielo otoñal. Aquiles Alcázar no se había percatado del todo de que hacía mal tiempo: la ciudad se diría envuelta en un sudario gris y las casas más distantes, las del lado de Nonoalco, parecían

ahogarse en neblina. Los árboles del frontero jardín de Los Angeles daban la impresión de estar tristes, abatidos, estrujados por una infinita pesadumbre. Los viandantes también fingían un aire de desaliento y melancolía.

Todo ello advirtió Aquiles Alcázar inesperadamente, como aquel que despierta de pronto. Hubo un por menor que atrajo su atención y que después, en el curso de la mañana, volvió a su memoria con enfermiza insistencia: junto a un poste de la luz, un viejecillo se frotaba las manos con seca, marchita energía. Era un hombre del pueblo, mal vestido y desaseado, que tocaba su cabeza con un sombrero de soyate. Nada lo hacía notable, nada decía a la imaginación; pero al verlo, el señor Alcázar se sintió desazonado y atraído a un tiempo. Fué una impresión confusa, muy desagradable.

El viejecillo echó a andar de improviso con rumbo a los talleres del ferrocarril. Su paso menudo y cansado holló la acera del jardín en línea recta. Después, bruscamente, se desvió hacia el arroyo, lo cruzó con cierta nerviosa prisa y fué a posarse en la acera opuesta, precisamente la frontera a la iglesia. Esta sucesión de actos insignificantes, simples, sugirió al señor Alcázar la idea de que el anciano ejecutaba un acto perverso, alevoso. ¿Por qué? No habría podido dar explicación alguna, ni siquiera una explicación descabellada. Para él, en ese momento, el viejo era la encarnación de la malevolencia que se arrastraba en un barrio triston y



pobre. "Tal vez", se dijo, "Lucifer se disfraza para andar así entre los mortales".

Esta sospecha lo condujo, como a un niño, a cavilar acerca de la existencia del demonio; pero su cavilación no duró mucho: se vió interrumpida por una sombría tristeza, por una emoción tanto más desconcertante cuanto que vino inesperadamente. Aquiles Alcázar sintióse solo y abandonado en el mundo, en un desamparo enorme. Algo parecido al llanto le arañó el pecho.

Estaba escrito, sin embargo, que ni la emoción ni el pensamiento echarían raíces en su conciencia aquel día, pues de súbito la tristeza fué sustituida por la angustia, por el temor. Alcázar se persuadió de golpe de que acababa de ver al demonio, de que el viejecillo era Satanás que vino al mundo y se situó precisamente en el jardín de Los Angeles, para incitar a la venganza al infeliz empleado. Por despistar, cruzó hacia la iglesia; pero el ardid resultó hartó burdo, tan burdo como para hacer reír. ¡Querer engañar así al señor Alcázar, un hombre instruído, un empleado honorable!

Por absurda que fuera la hipótesis, a Aquiles Alcázar se le antojó lógica. Tanto que de ella derivó inmediatas consecuencias: "Gracias a Dios que el demonio es estúpido; de lo contrario yo habría corrido a la venganza, a esa cosa mezquina y baja que es la venganza". Experimentó un gran alivio en pensar de

aquella suerte, como si alguien lo hubiese curado de un maleficio.

Ahora, ya tranquilo, se preguntó por qué, desde que despertara, iba de un asunto a otro. No se le ocurrió pensar que ya era inquietante el hecho de que hasta ahora pensara en ello. Ni se le ocurrió, ni hubiera tenido tiempo para hacerlo, porque una nueva angustia, un sórdido malestar aplastó a su conciencia. Fué uno de esos estados de ánimo que resisten no sólo al análisis, sino a la palabra incoherente, a la exclamación sin significado: en ellos bulle el desasosiego y una especie de melancolía hueca, que acompaña a los pensamientos como una sombra helada.

El señor Alcázar inclinó la cabeza, próximo al llanto. Pensaba, sí, que había ido de uno a otro asunto, que había vagado extrañamente por las encrucijadas de su reflexión; mas eso no venía a ser, al fin y al cabo, sino una manifestación secundaria y, por así decir, parásita de la verdadera situación de su mente. Un oscuro, torturado y torturador residuo de ideas lloraba en quién sabe qué misterioso rincón de la vida. Aquiles Alcázar paseó su mirada llena de desesperación por las piedras de la calle. Sus ojos tropezaron con los rieles, brillantes y largos: sin poderlo evitar, los persiguió con la vista, advirtió que un poco más lejos, a trescientos pasos, se hundían en el torno gris del barrio, y la contemplación de ese nimio fenómeno lo empujó a una desoladora meditación. Percatóse de que



vivía en un lugar de la ciudad sucio y triste, en que la gente tenía un aire abatido de resignación y derrota. "Dios mío", se dijo, "¿por qué existen estos rincones, mientras en el centro todo es bullicio y escaparates alegres y viandantes llenos de animación?"

La pregunta, temblorosa, desgarradora, quedó sin respuesta como atónita de sí misma.

### III

Bien podían haber transcurrido tres minutos desde que el señor Alcázar esperaba; pero él no tenía noción del tiempo: ensimismado, vagabundeando por sus preocupaciones, casi no reparaba en el mundo exterior, o reparaba en él sólo para hundirse más en sí mismo. Por eso se sorprendió medrosamente al advertir que, junto a él, otra persona esperaba el tranvía. Era un hombre alto, bien vestido, de rostro encarnado y, gracias a Dios, lleno de bonhomía.

Después del primer sobresalto, Aquiles Alcázar sintióse confortado, como si aquel casual compañero de espera fuese un protector y un amigo. Sí, eso era y no otra cosa: un buen amigo. Faltaba únicamente comunicarse con él; pero la alianza interior, el afecto, ya estaba establecido. ¿Cómo iniciar la conversación? Esta pregunta mordió, en el lapso de un relámpago, al empleado de Educación Pública, que al punto encontró contestación: el señor Alcázar, de súbito, se percató

de que desde mucho antes permanecía ahí, en la esquina, aguardando. Hacía mucho que llegó y hacía mucho que Satanás, disfrazado de viejecito, pasó lastimoso y enigmático para perderse entre la niebla.

—¡Ah, qué mal servicio! —exclamó con voz apagada, como si hablara consigo mismo.

El hombre alto no se dió por aludido. Entonces, tímidamente, como si temiera recibir por toda respuesta un soplamocos, el señor Alcázar le dirigió la palabra:

—Llevo aquí media hora, ¡y ni las luces de un tranvía!

—Sí, tardan mucho —repuso el otro con fría amabilidad, sonriendo apenas lo bastante para no ser descortés.

Aquella sonrisa dió ánimo al oficial quinto. Se dijo, y se lo dijo con fruición, que había encontrado un amigo, "un verdadero amigo", fueron sus palabras.

—¡Y con el frío que hace! —articuló alegremente.

—Sí, hace un poco —accedió su interlocutor.

El hielo estaba roto, pensó el señor Alcázar; ahora sí podía hablar con la libertad y la efusión con que se habla a un viejo amigo.

—Hace poco, allá enfrente, junto al poste, un pobre viejito se frotaba las manos para entrar en calor. Era mucho, muy anciano: lo menos sesenta años, y parecía muy desdichado, se conoce que le ha ido mal



en la vida; pero ¡viera usted qué expresión perversa! Parecía el mismo demonio. Se conoce que...

Calló bruscamente. ¿A qué venía hablar del viejecillo y qué tenía que ver el viejecillo con el frío y el tranvía? Elevó sus ojos azorados hacia los de su interlocutor y encontró una mirada tranquila, casi distraída.

—Me decía usted de un anciano... —dijo el hombre alto.

—Sí, pero no tiene importancia. Es que me impresionó su pobreza: lo vi tan cargado de años, tan abandonado, tan solitario, que me dió pena.

Al pronunciar la palabra solitario, el señor Alcázar sintió que un calosfrío recorría su menguado cuerpo. El hombre alto no dijo nada. Sin duda no le interesaba nada de aquello. Entonces Alcázar, aturdido sin saber qué hacer, estiró el cuello con ademán de ver si el tranvía se acercaba y murmuró nuevamente:

—¡Qué mal servicio!

El silencio cayó sobre ellos. La agitación hizo presa otra vez del infeliz empleado: se hacía rudos reproches: "Dios mío, ¿cómo me atrevo a entablar conversación con un desconocido? ¡Y de qué cosas hablé! Realmente merezco que me den una paliza y si este señor, este desconocido, porque es un desconocido, tal vez un malhechor, lo hiciera... ¡Ah, no, alto ahí! No permito que me toque usted. El hecho de haber cambiado con

usted unas palabras no autoriza... Además, yo no le he insultado, yo simplemente..."

Por fortuna en aquel preciso momento llegó el tranvía. Se detuvo, chirriando y resoplando, y la portezuela se abrió con golpe seco. El hombre alto se inclinó ligeramente, cediendo el paso al señor Alcázar. "Sí, sí", dijo éste para su coleteo, "caravanas ahora, después que estuvo en un tris que me desnucara".

Subió pesadamente, lentamente, al vehículo, y fué a sentarse en la última de las bancas laterales, encogido y como queriendo ocupar el menor espacio. Hasta entonces reanudó sus reflexiones: "Pero si él no ha hecho nada contra mí, simplemente me escuchó. ¿Qué me pasa, santo Dios? ¿Estaré enfermo? No, no puede ser, ya no estornudo y..."

Para desmentirlo, un agudo cosquilleo le arañó las fosas nasales. El señor Alcázar elevó la cabeza esperando el estornudo; pero no fué uno, sino dos, tres, sonoros y chillones; sobre todo sonoros, tanto que una niña se volvió a verlo con sonriente curiosidad. "Esto me sucede por no quedarme en casa cuando estoy enfermo: la gente se burla de mí. ¿Y todo por qué? Porque a una pandilla de escolapios se le ocurre irse a pasear. Como si en ello me fuera o me viniera algo".

Sonrió, pero fué sólo un instante, para enrojecer en seguida. Sintió que el corazón le golpeaba brutalmente el pecho y un temblorcillo estremeció sus manos. "Pero no es eso, no es eso. Es que a mí, Aquiles Al-



cázar, me han ofendido. Si yo me lo propusiera, podría ser un grande hombre, un poeta o un filósofo, y no está bien que los polluelos implumes me desprecien. "Está viejo". Sí, estoy viejo. ¿Y qué? La vejez no es pecado. Estas canas que peino... estas canas son experiencia y desvelos, no me humillan, sino que me ennoblecen. Entiéndanlo bien, mocosos: me ennoblecen".

Con asombro de su vecino de asiento, trazó en el aire un ademán colérico, sus labios bulleron como si fueran a prorrumpir en voces. El señor Alcázar no pudo menos de notarlo y procuró poner sordina a su indignación. "Ahora voy a buscarlos y los obligaré a que me inviten. "Aquí estoy, jovenzuelos, voy con ustedes". Y añadiré: "Sé que no me invitaron por cortedad, por respeto. No tengan cuidado, sé querer a los jóvenes". Ellos quedarán atónitos, preguntándose si es el adusto señor Alcázar el que así les habla. Y entonces, entonces, entonces... me reiré de ellos. ¡De qué buena gana me voy a reír!"

Pero no sentía deseo alguno de reír, antes estaba preocupado y triste, porque, se le ocurrió de repente, sus compañeros de oficina, al verse tratados paternalmente, y, como quien dice, despectivamente, podían encolerizarse: lo echarían de su compañía como a un apestado, como a un intruso. "Y perderé la pelea", hubo de confesarse el señor Alcázar. Este temor lo ensombreció, sabía que en la lucha lo único importante es vencer. Recordó a Maquiavelo o a los jesuitas,

"¿quién fué?", con erudición de quincalla que lo hizo ruborizarse: "El fin justifica los medios". Y pensó que si la arrogancia había de llevarlo al fracaso, era su deber escoger otro camino, el de la astucia. Se acercaría con toda ingenuidad, con toda "naturalidad", a los jóvenes y les diría: "Aquí estoy, queridos amigos". "Cómo, ¿es usted, maestro Alcázar?" "Sí, exactamente. Como el compañero Pastrana me vió ocupado, no quiso interrumpirme; pero yo soy de la partida, yo no abandono a los que comparten conmigo las horas del día". Así, con todo cinismo, con ironía tan sutil que pasara inadvertida, los abordaría. ¿Quién osaría rechazarlo? Nadie. El señor Alcázar, de antemano, se ponía a cubierto. Respiró anchamente, con satisfacción, y dedicó el resto del trayecto a la curiosidad, a atisbar por la ventanilla: ahí estaba, pesada y sobria, la Escuela de Corte y Confección, antes "La Corregidora de Querétaro", adonde él también, años atrás, vino a montar la guardia. Tuvo la suerte de no ser correspondido en el amor que declaró a una mujer ya machucha. "Si no, estaría lleno de hijos y de problemas". Más adelante, la Facultad de Medicina, roja y solemne, la Tesorería del Departamento Central del Distrito Federal: ¡hermosos edificios! "No soy un salvaje, sé lo que valen los monumentos arquitectónicos", se dijo con mimo el señor Alcázar.

Se apeó con agilidad cuando el tranvía se detuvo en la esquina de Tacuba y Brasil. "No soy tan tonto



de caerles de frente, entraré al atrio y los sorprenderé por la espalda”.

## IV

La idea de tomar desprevenidos a sus compañeros de oficina, le pareció muy graciosa durante una fracción de segundo; mas casi sin transición le produjo desagrado. “Es decir, que voy a llegar a mansalva, como un malhechor”, reflexionó mientras esperaba que la luz roja del semáforo fuera sustituida por la verde.

Poseído por intrincada agitación, cruzó a grandes y firmes pasos, aunque cabizbajo, la calle de Tacuba y esperó nuevamente en la acera a que el tránsito de vehículos se paralizara en la calle del Monte de Piedad. Un automóvil flamante, todo negro, casi le arrancó una exclamación de alegría; pero no estaba alegre, no. Por dentro no cesaba de repetir: “Sin embargo, es preferible...” ¿Qué era preferible? No se lo decía, no se hubiera atrevido a expresarlo en su conciencia, a pesar de que sabía de sobra de qué se trataba: era preferible entrar al atrio de la Catedral por la puerta del Monte de Piedad, a cien metros del sitio en que se habían citado los paseantes, llegar a éstos sin ser notado. De otro modo les daría tiempo para preparar una coartada, un pretexto para no admitirlo con ellos.

La ancha calle del Monte de Piedad, con sus frescos camellones de un lado y sus casas de estilo colonial del otro, pareció fría y un poco hostil al señor Alcázar. Ciertamente que el cielo estaba gris y sucio, cierto que la luz otoñal, tamizándose a través de las nubes, inspiraba sombrías ideas; pero no nada más eso: la calle, la calle misma, parecía un ser animado que esgrimiera invisibles y amenazadoras garras. Aquiles Alcázar tuvo la impresión de que su pecho iba a estallar en lágrimas, de que le faltaba aire, de que el corazón se le anegaba. “Vaya que soy cobarde”, trató de darse aliento; pero su angustia subió de punto, se sentía pálido, trémulo, y las piernas le flaqueaban.

Tambaleándose como un borracho llegó a la acera de la Catedral. En vano se dirigía severos reproches: su malestar aumentaba a cada instante. “Cualquiera pensaría que me llevan al cadalso...” “¿Qué me pasa...?” “Dios mío, si seré estúpido”.

Ni injuriándose logró cobrar ánimo: apenas pisó las sonrosadas losas del atrio, lo acometió un vehemente deseo de volverse y echar a correr. Sin embargo, bastó que diera dos pasos para que un valor y una audacia confortantes descendieran a él. Con movimientos gallardos y resueltos avanzó hacia la parte del atrio que da a la Plaza de la Constitución. De pronto vio un grupo formado por Esperanza, Pastrana y Torres, el atorrante Torres que gesticulaba grotescamente, contando quizás una de esas indecentes historias que tanto



gustan a los jóvenes... Todo el valor y toda la audacia, como mal ceñidas túnicas, se le cayeron al señor Alcázar; una espesa sombra le ocultó la difusa luz del día y a poco más, tal debilidad lo invadió, cae de rodillas.

“Voy a desmayarme”, pudo decirse, y la sangre se le subió a la cabeza. “¿Desmayarme yo, Aquiles Alcázar, a la vista de esos mequetrefes? No, jovencitos, no, pollos; sé que estoy enfermo, sé que el demonio (y la imagen del viejecito cruzó su memoria) puede llevarme; pero no me desmayaré. Los viejos tenemos decoro, no somos, como ustedes, muchachos locos, unos gallinas”.

Había adelantado un poco más y los contornos de Esperanza, Pastrana y Torres se precisaron hasta conseguir escorzo y delatar pormenores. Esperanza, con un vestido muy sport, amarillo y blanco, con los rubios cabellos sueltos, reía alegremente con la cabeza echada hacia atrás. Pastrana, “ese farsante de Pastrana”, con aire un poco solemne, reía discretamente. Y en cuanto a Torres, las manos en los bolsillos de su pantalón blanco, bailoteaba riendo a mandíbula batiente, con grosera jovialidad.

El señor Alcázar, ya sin desmayos, sintióse extrañamente lúcido. “Me van a correr, me van a echar a empujones”, pensó con viva inquietud, sin dejar de avanzar. Y de pronto tuvo una inspiración salvadora: “Entraré a Catedral a oír misa”.

Astutamente se acercó al alto muro de la iglesia, tratando de no ser visto; pero el destino, ese destino un poco burlón y otro poco rencoroso que acompaña a los desdichados, le salió al paso en una mirada de Esperanza. La muchacha, ídolo de la oficina, una belleza actual y antigua, exótica y cercana, una muchacha llena de atractivos, volteóse a tiempo para verlo. “¡Ah”, gritó. Y sin dar tiempo a Pastrana y a Torres para que advirtiera cuál era el objeto de su asombro, corrió hacia Alcázar. “Nuestro viejo, nuestro viejito”, decía con acento cariñoso. El señor Alcázar, aturdido, hecho un nudo de preguntas, la esperó.

—¿Qué dice usted, maestro? —preguntó Esperanza con voz tan dulce, tan tierna, que el viejo empleado se sintió transido de emoción.

—Señorita... —murmuró.

—¡Con este frío y en la calle!

—No diga usted. Para la fe no hay calor ni frío. Yo vengo a oír misa —y el señor Alcázar se encogió: hubiera querido ser un insecto, una cucaracha—. La fe es todo, señorita.

Esperanza se echó a reír “descocadamente”.

—No, maestro —dijo—, todos sabemos que usted es el alma de Bellas Artes; pero...

—Permítame...

—No, no lo dejaré ir. Tenemos excursión y usted viene con nosotros.



La invitación provocó en Aquiles Alcázar una inquietud sin límites. Esperanza, la loca Esperanza ("tiene dos amantes, va a casas de citas...") lo invitaba. El pobre empleado se preguntó si no soñaba. Veía los ojos negros y, por así decir, espesos de la joven, sus labios jugosos. "Me ruegan, es que saben lo que valgo". Pero como la súplica de Esperanza estaba envuelta en risas, Alcázar se puso sobre aviso. "¡Ah, estas mujeres sin decoro! Su profesión es engañar, mentir..."

—Perdóneme, señorita, mi intención es dar gracias al Creador, no pasear.

—Pero, maestro...

En aquel momento llegaron a ellos Pastrana y Torres.

—Maestro, maestro...

Le estrecharon la mano con efusión tanta, que Aquiles no pudo menos de envanecerse. "¿De modo que me admiran?"; pero acto continuo lo asaltó la duda. "¿Y si quisieran llevar un bufón, si quisieran divertirse conmigo? ¡Ah, astucia!", se prometió.

—Les agradezco sus demostraciones de amistad y de mil amores...

—¡Maestro!

—Permítanme, mi fe está antes, gracias a Dios.

—Lo esperamos, maestro — propuso Esperanza.

¿Cómo? Por él, por Aquiles Alcázar, iban a esperar. El desdichado, incapaz de creer, se dijo: "Se burlan", y un gesto de ira le asomó al rostro.

—Discúlpennme, jóvenes —exclamó con cólera.

—Maestro —articuló, quejumbrosa, Esperanza.

"¿Me dejaré vencer?", pensó Alcázar. Y con una voz en que se mezclaban el disgusto, el temor y la pena:

—Comprenda, señorita, soy un católico, una persona honorable...

—Pero si no vamos a hacer nada malo —murmuró, persuasiva, Esperanza—, divertirse es una necesidad, un alimento.

—Un alimento —confirmó Pastrana, muy serio. Y Torres:

—No se haga, señor Alcázar, hay que darle gusto al cuerpo.

El viejo empleado se enfureció. Torres, al que detestaba particularmente por su despreocupación, por su rostro invariablemente burlón, por su punzante lenguaje, estaba ante él con las manos en los bolsillos del pantalón, riendo más con los ojos que con los labios.

—¡Soy un hombre honorable! —repitió Alcázar, encolerizado hasta el paroxismo—. "Ya empezó la burla", se decía.

## V

A la postre se dejó convencer: Vázquez llegó muy peripuesto, con pantalón inglés y kodak a la bandolera.

—Vamos, compañero Alcázar —invitó.



¿Y quién resiste a un jefe de oficina? Sería la destitución, la miseria. Más en el caso de Aquiles, que carecía de méritos revolucionarios y que, para mayor desgracia, trataba de excusarse con el herético pretexto de que pretendía oír misa. "Soy un estúpido, definitiva e irreparablemente un idiota", se reprochó con crudeza. Clavó una mirada de sagaz espanto en el rostro de Vázquez; pero nada extraordinario pudo notar en él: el jefe del Departamento estaba ojeroso, pálido, como siempre, y la verruga, semejante a una pimienta, que tenía cerca de la comisura de los labios, relumbraaba insolentemente, como siempre también. Nada, nada extraño.

Sin embargo, el señor Alcázar no las tenía todas consigo, antes bien, se sentía inquieto y desconfiado. ¿Por qué aquel rostro impasible, ordinario, el de todos los días? ¿Acaso no cambia la expresión y se anima la fisonomía en los días de asueto, cuando uno va de paseo? Sin duda el barbilindo señor Vázquez fraguaba algo en su interior y con taimada malignidad disimulaba sus propósitos. Aquiles Alcázar ya no dudó: a la mañana siguiente lo destituirían. "Por reaccionario, por enemigo de la revolución", comentarían.

—Soy católico... —se disculpó con acento casi implorante, transido de angustia.

—¿Y eso qué? —articuló Vázquez—. Nosotros no nos metemos en sus creencias ni vamos a discutir las ahora. Simplemente lo invitamos a que nos acompañe

a Cuernavaca. Hay que divertirse, compañero, hay que darse gusto de vez en cuando, o el trabajo acabaría por matarnos.

Aquiles Alcázar abrió los ojos con azoro. No podía creer que su jefe, el revolucionario señor Vázquez, hubiera pronunciado aquellas palabras. Le permitía, sin más, que practicara su religión, lo abandonaba a sus creencias. ¡Ingenua mala fe! ¿Cómo iba a creer él, Aquiles Alcázar, semejante patraña? Un calosfrío sacudió su enteco cuerpo.

"Juega conmigo como con el ratón el gato", se dijo. Esperanza puso fin a aquella situación.

—Vaya usted a rezar mientras llegan Elena y Ochoa.

Pero ya el señor Alcázar había resucitado de su aflicción. "No puede despedirme, porque llevo el peso de la oficina. ¿Qué harían sin mí todos estos locos? No, jóvenes, no es tan fácil deshacerse de Aquiles Alcázar, y si ustedes lo intentan, habrán escupido al cielo".

—No iré a rezar —dijo—. Espero con ustedes.

Esperanza le dió una palmadita en las manos y se apartó un poco a hablar con Pastrana, mientras el señor Vázquez y Torres charlaban de cualquier tema baladí. "Se han salido con la suya estos malditos", reflexionó Alcázar volviendo a su amargura; "pero me llevan a fuerza, a viva fuerza, que conste. Por mí no estaría un minuto más con esta pandilla grosera de revolucionarios



(y recalcó mentalmente la palabra), sino que me iría a casita a descansar, a meterme en cama. Desgraciadamente soy un hombre de orden y conozco mis deberes, sé lo que son las jerarquías. Si mi jefe me lo ordena, voy no a Cuernavaca, sino al fin del mundo”.

El paso de un grupo de fieles lo distrajo de su meditación. Eran al parecer, romeros venidos del interior del país: se notaba en sus vestidos mal cortados y en el aspecto recatado de las mujeres. Aquiles Alcázar vió complacido a la caravana, felicitóse por haber tenido oportunidad para ver aquella gente sencilla y buena, tan distinta a la gente de la ciudad, toda corrupción.

Fué sólo un minuto, pero fué bastante para que sus ideas cambiaran de ruta: “El caso es que ellos no me buscaron, fui yo el que vine a verlos. ¿Cómo pude olvidarlo? ¡Oh, Dios, no sé qué me pasa!... Soy yo, mi voluntad se ha cumplido. Heme aquí invitado, ¡y qué clase de invitado! Tuvieron que rogarme rendidamente. No soy tan insignificante como ustedes suponen, jóvenes, y si su intención es llevarme para hacer escarnio de mi compañía, yo sabré, yo sabré... Pero, ¿no sería mejor que rehusara? ¿Qué gano con ir a Cuernavaca? ¡Ah, y este resfriado!”

En efecto, estornudó; pero sería exagerado decir que aquello le produjo temor o malestar. Alcázar consignó la observación de que había estornudado y la olvidó sin atribuirle importancia, sin haber tratado de

calificarla. Eso sí, el cielo gris y frío lo impresionaba dolorosa, tétricamente, sin que supiera por qué. Elevó sus cansados ojos hacia el reloj de la Catedral y un horror sin nombre sacudió a su atribulado cerebro; la mole imponente parecía inclinarse hacia él como una amenaza. ¿Por qué aquella alucinación?, ¿por qué en su desdichado, extraño estado el señor Alcázar concedía vida e intención a las cosas muertas? Ya antes, unos minutos antes, creyó advertir hostilidad en la calle del Monte de Piedad. Y ahora, la Catedral.

Lo expulsaron de su pavor unas palabras que articuló Torres con voz tranquila:

—Si no vienen, manejaré yo.

Como si aquella frase fuese un conjuro, Aquiles Alcázar sintióse inundado de repentina alegría. La Catedral cobró para su torturada conciencia solidez y quietud, la fría mañana pareció menos siniestra, menos grave, y uno como hálito dulce acarició las sienes del empleado. Este, en el primer momento, no tuvo la más remota noción de por qué se alegraba así, gozaba sencillamente de su alegría; pero de súbito una idea rápida y huidiza le reveló todo: “Con este loco de piloto van a matarse”. Alcázar se sobresaltó inexplicablemente al hacer su descubrimiento; mas no tuvo escapatoria: aquello era lo que provocaba su alegría. “¿De modo que soy un criminal? ¡Dios mío, deseo la muerte de estos pobres muchachos! ¿Y qué han hecho para que yo abrigue ese horroroso deseo? Nada, nada.



Simplemente me han invitado a un paseo campestre. Soy, de verdad, un infame, un asesino". Trató de aliviar su culpa arguyendo ante sí mismo que no había ejecutado ni pensaba ejecutar acto alguno que condujera a la muerte a los jóvenes, pero de nada sirvió. "Es peor el deseo que el acto", se dijo. "La intención tiene más fuerza para el alma que el acto".

Consternado, miró a la cara a Vázquez y a Torres, después a Esperanza y a Pastrana. Ninguno de ellos se había percatado, seguramente, de los torvos deseos del señor Alcázar, porque los cuatro ostentaban jovialidad en el rostro. Solamente el señor Vázquez parecía un poco ansioso; pero se debía a la tardanza de Elena y Ochoa, no a que hubiese descubierto los pensamientos de su subalterno.

El examen de los circunstantes, sugirió a Aquiles Alcázar la reflexión de que él también era de la partida. "También yo moriré", se dijo. Y con asombro de su parte, no se asustó. No lo asustaba la muerte. Quizás, muy al contrario, la esperaba con placer, quizás ambicionaba oscuramente morir. El caso es que no tuvo miedo. Esta certidumbre lo llenó de orgullo, de un penoso orgullo, por así decir, que arrancó a sus labios una sonrisa. "En efecto, en efecto...", murmuró. Y aquel "en efecto" no significaba nada.

Volvió a alegrarse y en la imaginación vió el automóvil volcado, al barbilindo señor Vázquez convertido en una masa sanguinolenta, a Torres con los ojos sal-

tados de las órbitas y a Esperanza, a la linda, magnífica Esperanza, con el cuello troncado, con los rubios cabellos manchados de sangre. Esta última imagen despertó en él una emoción rara, un alegre arrepentimiento, valga expresarse así, lancinante y suave a un tiempo. "¡Qué canalla soy, Dios mío, qué canalla!", se injurió. Y como en ademán de contrición dirigió la mirada a la puerta de la Catedral.

A poco da un grito: ahí, en la penumbra eclesiástica y austera, estaba un viejecillo, aquel que se frotaba las manos ateridas en el jardín de Los Angeles. No podía ser otro: el señor Alcázar lo reconoció, mal vestido y desaseado. Reconoció el sombrero de soyate amarillento de tan viejo y un poco estropeado del halda. Sí, el mismo viejecito, el mismo, ¡el demonio!

Trémulo, próximo a caer, Aquiles Alcázar asió de una manga a Torres.

—Ahí está... —exclamó.

Torres apenas le hizo aprecio. Se volvió hacia él con displicencia y, sin mirarlo, dijo:

—No, él y Elena tienen que llegar por aquí, por Palacio.

Creyó que el oficial quinto se había referido a Ochoa. El señor Alcázar, sin comprender aquellas enigmáticas palabras, lanzó una mirada medrosa a Torres. "Está loco", pensó. Y ya iba a decir que Elena nada tenía que ver con aquello, cuando sus ojos regresaron a la puerta de la Catedral: el viejecillo había desapare-



cido. "¡Santo Dios!", se dijo. Poseído por la desesperación, se dirigió hacia el sitio en que había visto a Lucifer.

## VI

El señor Vázquez le dió alcance con ágiles pasos.

—No se impaciente —insistió—. Si dentro de cinco minutos no han llegado nos iremos sin ellos.

—¿Qué? —exclamó sobresaltado Aquiles Alcázar—. No, no es eso, ¿sabe usted?, yo soy un devoto... Me espanta el demonio... Y... ¿Pero qué digo?... ¡Oh, perdóneme, señor Vázquez! es que yo...

El barbilindo jefe de Bellas Artes trató de tranquilizarlo, lo tomó del brazo y lo hizo retroceder hacia el grupo de paseantes.

—Sí, ya sé de sus devociones; pero, ¿realmente se siente usted tan culpable? ¿Está usted seguro que obra mal? Ya Marx decía que la religión es el opio de los pueblos. Y usted no tiene pruebas de que Dios exista. Mejor es vivir que atormentarse.

—De Dios no respondo; pero del diablo... —interrumpió atolondradamente el modesto empleado.

—¡Ja, ja, ja! —rió el señor Vázquez.

Esperanza, Pastrana y Torres, desde lejos, unieron su risa a la del barbilindo jefe. No habían escuchado la conversación; pero se creyeron obligados a manifestar alegría, ya que su superior lo hacía. El

gesto lastimoso, un poco extraviado, de Alcázar, les indicaba que éste había sido objeto de una broma, quizás de una ingeniosa burla que se sentían obligados a celebrar.

El oficial quinto, ajeno a las risas y a los guiños, trataba de explicarse:

—Es así —e indicó con un ademán la estatura del viejecillo—, chaparrito y enclenque... Es... Y no mira a la cara, ni a ninguna parte... Es como si fuera ciego por su propia voluntad, a pesar de estar dotado para la luz. ¿Imagina usted tragedia mayor? El que no ve por falta de órganos ¡pase!; pero el que pudiendo ver no lo hace porque no quiere, porque le falta la voluntad de ver... ¡Ah, no, señor Vázquez, eso es horrible! De ahí que inspire horror y lástima al mismo tiempo.

—Pero, ¿a quién se refiere usted? —preguntó bruscamente Vázquez.

—A él, a él...

—¿Quién, quién? ¿Qué dice usted, camarada?

—¡Oh, Dios mío, estoy enfermo!

El señor Alcázar lanzó una mirada de súplica a su superior, una mirada en que el temor y el odio, "cierto pequeño odio", como se confesó a sí mismo el empleado, se enlazaban misteriosamente. Estaba seguro de que el señor Vázquez se reprimía para no asesinarle un puñetazo, para no tundirlo a golpes. "Pero, bien visto, ¿por qué había de pegarme? Yo veo al día-



blo porque soy un hombre respetable, ellos no lo ven porque son revolucionarios. ¿Qué culpa tengo? ¿Se atrevería este mequetrefe a culparme a mí, a mí su más fiel colaborador, su tabla de salvación? Atrévase usted, atrévase y verá...”

Pero el señor Vázquez no tenía intención de atreverse a nada. Dulcemente, casi piadosamente, conducía del brazo a su empleado. Eso sí, sonreía con sonrisa maliciosa, aunque esquivando las miradas francamente burlonas de Pastrana y Torres. Advirtiéndolo de pronto, el señor Alcázar tuvo una inspiración: “Me va a entregar a sus sayones. El se cree un aristócrata, un hombre superior, que no debe mancharse las manos con mi sangre...” Esta palabra apartó hacia otro rumbo sus cavilaciones: “¡Ah, la sangre! Pueden ustedes matarme, para eso son revolucionarios; pero a la noche, en la carretera, los encontrarán bañados en sangre, estrujados por hierros retorcidos, muertos también”.

Semejante esperanza fué como un lenitivo, tan consolador y suave que Aquiles Alcázar pudo llegar con una sonrisa en los labios al grupo formado por Esperanza, Pastrana y Torres, precisamente en el momento en que el señor Vázquez insistía:

—Pero, de una vez, dígame, ¿quién es él?

Alcázar, otra vez seguro de sí, aunque olvidado del viejecillo, tuvo un ligero sobresalto de sorpresa.

—¿El? ¿El? ¿Qué quiere usted decir con eso, señor Vázquez?

El jefe de Bellas Artes miró atentamente a su interlocutor; su expresión de sincero asombro, sus ojillos inquietos y su boca amarga y lacia. Lo miró así una fracción de segundo, un pedacito de tiempo tan nimio que nada significaba, aunque al señor Alcázar le pareció una eternidad, y rompió a reír con franca alegría.

—El compañero Alcázar —articuló dirigiéndose a los paseantes— me hablaba de alguien que él conoce y yo no, y ahora quiere que le diga quién es esa persona.

El oficial quinto ruborizóse intensamente. Tuvo la dolorosa certidumbre de que se burlaban de él (“Eso es, jóvenes, ya encontraron ustedes bufón”) y sintió encenderse en el pecho la rebeldía.

—No, no una persona. Es que Dios...

—¡Vamos! —y ahora sin disimularlo, se mofaba el señor Vázquez—. De modo que se refería usted a Dios.

—No, no precisamente, sino al diablo; pero es lo mismo...

La grosera carcajada de Torres le impidió seguir. El joven empleado, lugarteniente del señor Vázquez, más que reír, vomitaba risas, y, de pronto, barbotó una frase que heló la sangre en las venas del señor Alcázar:



serable mente humana no podría comprender a Dios sin la existencia del demonio, del mismo modo que no comprendería el bien si no existiera el mal. Es tan pobre la inteligencia, que sólo en el contraste puede ahondar. Y no nada más la inteligencia, sino la carne, la sucia carne, el cuerpo. ¿Cree usted que sabríamos, que podríamos imaginar siquiera el calor o el frío si la tierra estuviera cubierta por una temperatura uniforme en todas las latitudes, en todas las estaciones del año, en todas las horas del día? Pues cree usted mal, se lo digo yo, se lo garantizo yo, y me jugaría la cabeza. El calor es hijo del frío, como el frío es hijo del calor.

Torres, que había permanecido atónito y un tanto avergonzado, soltó el trapo en aquel momento.

—¡Preciosa lógica! —comentó—. De acuerdo con ella, Dios es hijo del diablo, como el diablo es hijo de Dios.

La blasfemia hizo dar un salto a Aquiles Alcázar. Perplejo más que asustado o enfurecido, quedóse viendo a su interlocutor con tamaños ojos, sin acertar a proferir la menor palabra. Tan lastimosa era su actitud, que Esperanza dió un paso para interponerse entre él y Torres; pero en aquel instante resonó la voz sosegada del señor Vázquez:

—Elena y Ochoa ya no vinieron.

## VII

Fué como si Alcázar hubiera sido transportado por arte de magia a un mundo remoto y nuevo. Durante la disputa, la “controversia”, se dijo él, con Torres, se había abstraído de tal suerte que olvidó todo lo que lo circuía. Incluso, a pesar de haber clavado en él una larga mirada, dejó de ver a Torres. Lo escuchaba como si fuera una voz que flotara en el espacio, o, más exactamente, que flotara en un cráneo vacío y vivo, sin embargo.

Ahora, de pronto, se percató de que estaba de pie en el atrio de la Catedral metropolitana, junto a sus compañeros de oficina: el señor Vázquez, Pastrana y Torres, que sonreían enigmáticamente. En cuanto a Esperanza, parecía un poco compungida. ¡Adorable Esperanza! El señor Alcázar la había querido siempre. Se decían de ella cosas horribles, que tenía amantes y que frecuentaba casas de asignación; pero Aquiles nunca dió crédito a semejantes consejas, sabía de sobra que esos rumores manaban de la envidia y del despecho, que Esperanza era una muchacha virtuosa y casta. “Si estaré enamorado de ella”, se sobresaltó fugazmente. Y un tropel de pequeños recuerdos se agolpó en su memoria. ¿En dónde se habían escondido? Aquiles Alcázar no sabría decirlo; pero al evo-



carlos sintió que un punzante dolor laceraba su corazón.

Recordó que una tarde había quedado inmóvil "cosa de un minuto o más", con un oficio en la mano, contemplando a la rubia estenógrafa que aliñaba sus cabellos viéndose en un espejito de mano. Procedía con lentitud, con suavidad, con ademanes de una pureza y de una elegancia que daban a sus manos la apariencia de grandes lirios. El señor Alcázar, en éxtasis, miró la maniobra, y tal fué su embeleso, que robó unos segundos al trabajo. Nunca se lo perdonó: él había sido siempre un empleado cumplido, puntual, dedicado a sus quehaceres por entero. Sólo un espectáculo tan hermoso como el de Esperanza aliñando su rubia cabellera pudo distraerlo; pero a cambio de una tortura que se prolongó por días. Otra ocasión, al salir de la oficina, el oficial quinto encontróse junto a la joven. Su deber consistía en cederle el paso, como hombre bien nacido; mas lo hizo con tal torpeza, que rozó a Esperanza. Sí, rozó con su brazo la cadera delicosa, de curva admirable y, podría decirse, triunfal. Aquiles Alcázar, sin poderlo impedir, soñó muchas noches con aquel leve rozamiento, con aquella inesperada caricia. Ciertamente que nada tiene de extraño tropezar con una persona; pero en el caso de Esperanza no se trataba de eso. No, el viejo empleado, con toda su experiencia a cuestas, con toda su inútil sabiduría, lo supo muy pronto, desde el primer momento.

¿Qué era eso si no amor? Y, por otra parte, él podía no ser indiferente a la moza. ¿Acaso ella no corrió a su encuentro cuando lo vió escurrirse hacia la puerta mayor de Catedral?

Por un instante la grata evidencia iluminó los oscuros senos del alma de Aquiles Alcázar, un relámpago de felicidad desgarró las tinieblas que ensombrecían su vida; pero fué un instante nada más. Al punto recordó la escena de la víspera: el ir y venir de Pastrana invitando a un paseo campestre. Y ella, Esperanza, no dijo que invitaran al desdichado oficial quinto. No pasó mucho sin que encontrara una disculpa para la joven: "Tal vez la pobre, aunque parece satisfecha, teme a esos gandules y no quiere contrariarlos". Con esto sintióse confortado; mas no tuvo tiempo para alegrarse, porque advirtió que en el repentino reconocimiento de su amor no había otra cosa que una trampa del demonio. Sí, todo se reducía a una burda tentación. ¿Cómo él, un hombre en la plenitud de la vida, "casi un viejo", confesó con esfuerzo, iba a prendarse de una mozuela cuyo padre podría ser? ¡Qué absurdo, qué increíble absurdo! Y como si la diferencia de edades no fuera suficiente, Esperanza era una casquivana, una mujer frívola, mal afamada, el escándalo de la oficina. Esto no lo podía tolerar el señor Alcázar. Una pasión senil, un amor fogoso de viejo, pase; pero rendirse él, el respetable, el cumplido y digno Aquiles Alcázar, oficial quinto del Depar-



tamento de Bellas Artes, a una mujer sin honor, ¡eso nunca!

A todo esto había echado a andar hacia la verja del atrio. El señor Alcázar notó con asombro que sólo cuatro o cinco pasos los separaban de la ancha acera y se detuvo de golpe. Una espantosa idea acababa de cruzar su mente: dominado todavía por el amor, aunque lo repudiaba con todas sus fuerzas, díjose que Esperanza moriría en el accidente de la carretera, en el inevitable accidente que el atolondrado Torres iba a provocar. "Dios mío, ¿cómo es posible que yo deje morir a una mujer tan hermosa?", se preguntó. Sintiendo desfallecer, alargó la mano hacia Esperanza que marchaba justamente a su lado, aunque vuelta a Pastrana. Ella tuvo la impresión de aquel contacto tembloroso, inseguro, y, con rápido ademán, miró vivamente a Aquiles, cuyo rostro demudado, cubierto por densa palidez, acusaba el sufrimiento.

—¿Maestro...? —susurró.

La solitaria palabra hizo un efecto tremendo a nuestro héroe. Algo como una inquietud, bien que no fuera una inquietud, oprimió su corazón; pero a decir verdad no era eso, no era una opresión, sino, más exactamente, una especie de agobiador descanso, una a manera de liberación espiritual acompañada de angustia puramente física. El hecho es que Aquiles Alcázar, acobardado, no osó exponer su temor.

—Me siento mal —pudo murmurar apenas.

Y, en efecto, su rostro era el de un enfermo. Esperanza le sonrió, hizo pasar su brazo por debajo del brazo de su viejo compañero de oficina y tiró de él blandamente.

—Este paseo le sentará bien —respondió.

Sin dar tiempo a más, reanudó su interrumpida charla con Pastrana, en tanto que Alcázar volvía a su desasosiego. "Dios mío. cómo me desprecia, cómo me desprecian todos. Bien se ve que soy entre ellos un intruso y ni siquiera se cuidan de disimularlo. Me lo merezco por andar en pos de aventuras. ¿Qué es eso? ¿No te invitaron? Pues en tu casa y se acabó; pero corro tras ellos y... ¡Claro, como que soy Aquiles Alcázar, el alma de la oficina! ¿Con quién estaban más obligados que conmigo? Y sin embargo, intentaron dejarme. No, petimetres y jovenzuelos, a Aquiles Alcázar no se le arrinconan. Voy a Cuernavaca porque quiero, no porque... Y, en fin, si muero en el camino con ustedes, al menos habré salvado mi decoro, no habré dejado que me posterguen".

Esta vez, inesperado y pérfido, asomó a su conciencia el miedo a la muerte. Realmente, y este "realmente" venía de la desesperación, era una insensatez exponerse así, jugar la vida por nada. ¿Qué dirían los periódicos? Aquiles Alcázar imaginó los titulares: "Un grupo de jóvenes y un respetable...", y así por el estilo. Eso si no ocurría algo peor: que muerto, le prodigaran los elogios que siempre mereció y siempre



le escatimaron. A la postre, el silencio que se hace a los hombres notables, no es sino discolería y amor propio: nadie quiere reconocer que aquel al que le da la mano, o puede llegar a dársela, sea más que él. Mucho menos en México, en donde la perenne humillación personal y la larga humillación histórica han engendrado un enfermizo resentimiento.

Muerto Aquiles Alcázar, ¿qué inconveniente había en reconocer sus méritos? Acaso uno de los subtítulos del reportazgo diría: "El eminente polígrafo..." o: "El culto y cumplido funcionario..."; pero los deberes periodísticos harían añadir la infamante verdad: "...murió en unión de unos juerguistas." ¡Qué gusto, qué exquisito manjar para los enemigos del señor Alcázar! Porque tenía enemigos a porrillo, aunque todos agazapados e hipócritas. A menudo había sorprendido fijas en él miradas de rencor que trocaban su hiel en miel apenas descubiertas; a menudo bajo un rictus al parecer amable, se ocultaba la ojeriza. Aquiles lo sabía, harto que lo sabía, como que no ignoraba que todo aquel que sobresale es odiado por la espesa chusma. Sobre todo el que sobresale en el ámbito de la inteligencia. Acumular dinero, o merecimientos revolucionarios, o notoriedad, es muy sencillo; bastan la audacia y la astucia para lograrlo. No así para atesorar los bienes del espíritu. Entonces es menester sacrificarse prolongadamente, renunciar a la dicha me-

diocre de los mortales ordinarios. En una palabra, apartarse del rebaño y, por consiguiente, irritarlo.

Alcázar estaba cierto de ello y preveía el regocijo que en el vulgo iba a provocar su muerte. Se relamerían los envidiosos llamándolo concupiscente, acusándolo de lascivia, de insensatez, de carencia de una virtud que ellos estaban muy lejos de poseer. Por eso temía a la muerte y por eso trató de excusarse cuando llegaron a la verja.

—La verdad es, mis queridos amigos, que no puedo acompañarlos... No, señor Vázquez, le ruego que me oiga: estoy enfermo y no quiero que un malestar insignificante se convierta en enfermedad mortal, ¡o quién sabe!, tan sólo por capricho... Además, óigame, hágame favor, la polémica que acabo de tener con el señor Torres me indica a las claras que soy distinto a ustedes, que amargaría su fiesta. Yo, señores, me sé reaccionario, yo nunca he sido ni seré revolucionario... No se ofendan, se los suplico, simplemente les abro mi corazón para no ser desleal. Ustedes comprenden y no lo tomarán a mal: no, no es posible.

Tendió su mano huesuda en ademán de despedirse; pero nadie quiso asirla y, lejos de ello, Torres observó soezmente:

—El relajo no tiene ideología, maestro. Deje los sermones para entre semana, que ahora lo que hace falta es divertirse.



Apenas hubo concluido Torres, el señor Vázquez y la rubia Esperanza se dedicaron a persuadir al señor Alcázar de que no debía abandonarlos.

—Vamos a tomar un poco de aire puro —adujo el señor Vázquez—. Eso nunca daña.

Y Esperanza, con una linda sonrisa:

—Ande, maestro. Ahora que está achacoso le hará bien. Además, ¿por qué había de faltar usted, como quien dice el abuelito de Bellas Artes? Poco antes de que usted llegara, yo le reproché a Pastrana: “Olvidaste invitar al maestro Alcázar, que es como nuestro padre”. Así se lo dije: como nuestro padre.

## VIII

No hacía falta tanto para persuadir al viejo empleado. El mismo, desde que dijo que podía amargar la fiesta con su presencia, estaba resuelto a no retroceder ya. “Si a eso he venido, precisamente a eso, se confesó con malignidad, a amargarles su fiesta, a demostrarles que no se olvida impunemente a un hombre como yo. ¿Cómo es posible que haya pensado retroceder nada más porque un catarro, una cosa de nada, me hace estornudar? Para la dignidad no hay enfermedades, ni muerte, ni temores.”

Animándose así, marchaba ya por la acera. Sentíase mucho mejor que antes, inclusive dispuesto a la jovialidad y al perdón de sus adversarios, aunque sabía

que, de perdonarlos, se habría sentido atrozmente triste. Pensó que la muerte no sería un dolor, sino una liberación, una forma de romper las ligaduras que lo ataban a la indiferencia y al rencor. “A enemigo que huye, puente de plata. Y la muerte es una fuga.”

Sin embargo, algo le molestaba: que Esperanza lo hubiese llamado abuelo y que fuera del brazo de Pastrana. “Por supuesto que no son celos, puesto que esa chicuela no puede inspirar amor; pero ¿no es una falta de respeto? ¡Llamarme abuelo a mí! No, jovencita, tengo tanto vigor y acaso más que cualquiera de estos pisaverdes. Si usted lo duda, pónganos a prueba... Pero ¿qué digo? ¿Qué ideas lascivas se arrastran en mi pensamiento? ¡Ay de mí! ¡Ay, esta mujer es el demonio, es la misma bestia maldita disfrazada de otro modo!”

Con irreflexivo movimiento se apartó de Esperanza, apresurando el paso para emparejarse a Vázquez y a Torres. Apenas lo hubo hecho, sintióse transido de dolor, agobiado por el arrepentimiento; pero no un dolor y un arrepentimiento claros, de contornos bastante precisos para merecer aquellos vocablos, sino más bien un obscuro desagrado de sí mismo y un poco de repugnancia, a los que se entrelazaban frases incoherentes: “¿No ha sido la más amable?... Con un derrotado, ¡Santo Dios!, con un pobre enfermo... ¡Qué abyección, qué castigo!... Perdóneme usted, señorita Esperanza...” Fué cuestión de segundos, porque



la inteligencia, la lúcida inteligencia del señor Alcázar, salió a la palestra: “¿Acaso el demonio es tan estúpido para adoptar únicamente formas desagradables? Todo lo contrario, gusta de parecer hermoso para engañar mejor. Sí, esa es la verdad, y yo, un adoquín, un infeliz sin sesos, un desdichado. De mi compasión, de mi generosidad y de mi nobleza en el pensar se aprovecha el Malo. Todo eso le he entregado porque soy un idiota. Pero, ¡alto ahí!, voy a recuperarlo todo, no soy un niño. Bien está que se deje pervertir Pastrana, que es un revolucionario; pero yo soy una persona honorable, un empleado que conoce sus deberes al dedillo y que si está entre ustedes es por dignidad, no por disipación. ¡Ah, jóvenes, se equivocan si creen que vengo contento! Sé que la humillación de que fui víctima es una trampa para excitar mis más nobles sentimientos e incitarme a alternar con esta encarnación de Luzbel. ¡He ahí toda la trama, se dijo triunfalmente, he ahí la urdimbre abominable!”

Tranquilo en lo tocante a su situación y a su conocimiento de los peligros que lo acechaban, dedicó una sonrisa a Vázquez y a Torres, con el propósito bien definido de participar en la conversación; pero a la sazón llegaron al sitio en que estaba estacionado el automóvil del jefe del Departamento de Bellas Artes. Era un carruaje alargado y fino, de un rojo brillante, “agresivo”. El señor Alcázar ya no tuvo tiempo para decir esta boca es mía, porque al punto se le

ocurrió que los apóstoles del proletariado, los revolucionarios y toda la gente de ese jaez, al mismo tiempo que pregonan la igualdad y la justicia, buscan y toman para sí lo mejor. “Bonitos hipócritas, se duelen de la miseria en sus discursos; pero la fomentan con su conducta...”

## IX

Había resuelto “de una vez por todas” y ya “sin estúpidos titubeos”, sumarse a la alegre expedición. No quiso pensarlo: se resolvió sencillamente, con un impulso elemental y por así decir, de una sola dimensión. “Aunque me cueste la vida”, se propuso con tanto empeño que inconscientemente apretó los puños; pero su acento interior no era ahora de venganza, sino de expiación: un abandono ajeno a toda pesadumbre.

Para su desgracia, esa situación no fué muy duradera debido a un incidente que vino a trastornar sus planes y a enturbiar sus propósitos. Verdad es que, a no ser por la agitación que embargaba a Alcázar, el incidente le habría parecido un suceso previsible, necesariamente previsible, pues la demora de los paseantes no tenía otro origen que la tardanza de Elena y Ochoa. Sin embargo, la presencia de los dos jóvenes causó una fuerte impresión a nuestro héroe.

Ya Esperanza había subido al automóvil “junto al señor Vázquez, por supuesto”, y Torres se disponía



a hacerlo, cuando de entre los transeúntes y los carruajes surgieron los invitados morosos. Avanzaron hacia el coche del jefe del Departamento de Bellas Artes con aire despreocupado, muy seguros de sí mismos y un tanto, "un poquito", insolentes. Elena con la cabellera suelta sobre los hombros, los párpados dados de azul y la ancha, incitante boca, partida por una risa jovial.

Asidos del brazo, daban una impresión de frescura, de ingenuidad, de gracia. No fué ésa la que suscitaron en Alcázar, que, al distinguirlos, fué presa de una turbación cuyo significado le escapó al pronto. "No es gazmoñería, desde luego; pero estoy obligado a pensar en mi reputación, en mi buen nombre", se dijo en un primer momento, para advertir sin transición que así trataba de huir de su pensamiento verdadero. Y hubo de insistir, dominado por la obscura, informe y aparentemente inmotivada certidumbre de que su proyecto de ir a Cuernavaca estaba perdido, roto: "No me conviene participar en una cuchipanda con esta clase de gente... ¡y con ninguna!"

Mientras el señor Alcázar se afligía así, Vázquez, el barbilindo señor Vázquez, estaba poseído por muy distinta preocupación: se decía que los excursionistas eran demasiados y que sin duda no cabrían cómodamente en el automóvil. Y, sin escrúpulos, con rápida y fría decisión, determinó excluir al oficial quinto.

—¿No le hará daño al maestro ir con nosotros?  
—preguntó a Esperanza.

Su voz retumbó en el alma de Alcázar como las trompetas de Jericó, con estrépito terrible y formidable. El desdichado percatóse de que tras aquellas palabras se agazapaba la amenaza de abandonarlo, de prescindir de él, y una sorda angustia fustigó a su corazón. No fué tristeza, sino un sentimiento distinto, una especie de "pánico", una mezcla de humillación y temor, o, para decirlo más exactamente, una aguda impresión de desgracia, como la de aquel que se encuentra ante un augurio funesto.

Casi resulta innecesario decir que estos estados de ánimo imprecisos, faltos de contorno, atormentaban al humilde empleado no sólo por su contenido, sino también por su modo de presentarse. A más de los sentimientos borrosos que en ellos bullían, estaban la vaguedad y la complejidad de su expresión. De esta suerte, el malestar aumentaba, parecía más lancinante porque a él se unía una semiinconsciencia, una manera de incertidumbre de que todo aquello fuera cierto. Por eso su propia voz antojósele extraña, abrumadoramente extraña a Alcázar.

—Creo que no... no es para tanto —dijo mecánicamente, con tanta premura que no dió tiempo a Esperanza para responder.

—Al contrario... —empezó la joven.



Pero ya el señor Vázquez se dirigía a su subordinado. Sonreía amistosamente, con bondad y simpatía que hubiesen despistado a cualquiera. No a Aquiles, que sabía a qué atenerse: el jefe del Departamento lo había obligado a acceder para después rechazarlo, para inferirle el ultraje de dejarlo plantado. Alcázar lo comprendió sin mayor esfuerzo y comprendió que su venganza iba a fracasar en el último momento. De pronto tuvo la ilusión de que el señor Vázquez hablaba desde muy lejos, desde una lejanía no física, sino desde una rara distancia sin medida:

—Imagínese, maestro: puede empeorar...

Aquella hipócrita compasión, que no encubría más que un propósito malvado, "una malevolencia censurable", enardeció a Alcázar. A su mente vino una respuesta violenta; pero le faltó coyuntura para decir-la, porque ya Elena y Ochoa estaban allí. El oficial quinto los vió, como a través de una bruma, tender la mano al señor Vázquez, "con un servilismo indigno, como esclavos que rinden pleitesía al amo".

No había acabado de formularse esta reflexión, cuando la mano y los ojos de Elena se posaron en él. Fué un movimiento inesperado de alegría, una sorpresa y una alegría tan sanas, que Aquiles Alcázar se habría persuadido de que la sinceridad las animaba, a no ser por unas imprudentes palabras que profirió la muchacha.

—¡Si el maestro también es de los nuestros!

"Sí, sí, te parece raro, se dijo el empleadillo. Ya sabía yo que no me esperaban ustedes y que les molesta que yo esté aquí. Por eso, precisamente por eso estoy aquí. Y no hay para qué pongas esa cara de felicidad, bien sé que estás mintiendo, que..."

Estrechó con dedos lacios la mano de Elena.

—¡Si está usted ardiendo en calentura!

—¡Bah!... —exclamó Alcázar.

Debajo de su exclamación se escondía la cólera. "¡Tenía que ser! Es una conspiración en forma, todos se han unido contra mí". No titubeó: Elena venía a aliarse a Vázquez para excluirlo a él, para hacerlo a un lado, para completar el juego. Primero lo habían estimulado con la idea de que la temperatura tropical de Cuernavaca le haría bien, lo engolosinaron con aquella idea y, cuando se entregó ingenuamente, lo rechazaron. A eso se reducía todo. Y la venganza, la reivindicación del honor maltrecho, yacían en el desprecio y la burla.

Mientras se hundía en estas reflexiones, Alcázar pudo darse cuenta vagamente de que unas voces y unos movimientos zumbaban a su alrededor. No tuvo una sensación distinta de lo que sus compañeros de oficina hacían, sino hasta el momento en que la voz del señor Vázquez se dejó oír otra vez.

—Por mucho que corramos, no llegaremos antes de la una.



Era el final, la consumación de la aleve conjura. Alcázar, como si volviera de un mundo remoto, miró en torno con una mirada de asombro y dolor. Y un espectáculo tan temido como cruel hirió sus pupilas: todos habían subido al automóvil, todos. "¡Me dejan, me dejan!", pudo balbucir en su estrujada conciencia el oficial quinto, a punto de llorar, sintiendo que un tropel de sollozos se agolpaba en su garganta.

Sin embargo, no fué eso lo peor. Pasado un segundo percatóse de que no había notado en qué momento los paseantes subieron al vehículo. ¿Cómo pudo distraerse a tal extremo? ¿Cómo pudo olvidar e ignorar tan cercano contorno? "Sin duda estaba dormido", se confesó desconcertado.

Su desconcierto no duró mucho. Un friso de manos abiertas, que salieron de las portezuelas del coche como flores repentinas, se alargaron hacia él, y un puñado de palabras diferentes llegó a sus oídos.

—Hasta mañana, maestro.

—¡Cúidese!

—Hasta luego...

—¡Salud!

Aquellas palabras se amalgamaron en uno como enorme estallido, al que se mezcló el jadeo de un motor en marcha.

## X

Alcázar quedó inmóvil, frío e inmóvil, de cara al Palacio Nacional. No sufría ni pensaba. Había regresado de la perplejidad y en ella estaba hueco, como si no fuera un ser humano, sino un montoncito de huesos y nervios, o como si, de un súbito golpe, le hubiesen arrancado el cerebro. La sensación había huído de él: nada veía y nada oía, no obstante que ahí, a unos metros, pasaban trepidando automóviles de brillantes contornos, tranvías amarillos, un sin fin de peatones. Y todos suscitaban ruido, una algarabía confusa bajo el marchito cielo otoñal.

¿Cuánto duró aquella especie de somnolencia, aquel letargo? El humilde empleado jamás hubiera podido decirlo. No volvió a sí mismo, no tuvo noción de que existía, sino cuando el violento campanillazo de un tranvía llegó a él. De un salto se apartó de los rieles, sobresaltado, y apenas lo hubo hecho, una nueva inquietud se adueñó de su mente: ¿cómo y cuándo había llegado a la vía? No recordaba haberse movido desde que Vázquez y su camarilla partieron. En vano hizo un esfuerzo, en vano urgió a su memoria: no pudo recordar. Entonces un suspiro le llenó de aire los pulmones, sus labios se entreabrieron para exhalarlo y sus ojos, llevados por la angustia, subieron al asta que se eleva sobre el balcón principal de Palacio.



Detrás del mástil, el cielo continuaba gris, sucio, preñado de tristeza. "Lo tengo en el corazón más que en los ojos", pensó Aquiles con melancólica ternura, suspirando por segunda vez.

Una calma precaria, sutil, tan frágil como hecha para ser rota, vino a él. Se preguntó qué hacía ahí, en el Zócalo, atónito. "Lo que es ahora, ya no tiene remedio", trató de convencerse; pero algo, en él, resistía: no estaba resignado, no. A su confesión de derrota respondió, desde quién sabe dónde, un clamor de protesta tan débil y tan vago, que ni siquiera intentó expresarse. De ese clamor se deslizó a la conciencia con pérfido disimulo un propósito informe: "¿Y si los alcanzara? Aquí, en el 20 de Noviembre, hay una estación de autobuses a Cuernavaca".

Sintió el impulso de moverse, de caminar, y ya en alto un pie, vino a su cerebro una reflexión que paralizó el incipiente movimiento. "¿Voy a aumentar mi humillación rogándoles que me admitan entre ellos?" Más que pena, le causó sorpresa percatarse de que su afán de ir a Cuernavaca no había tenido más designio que molestar, "aguarles la fiesta", a Vázquez y a sus amigos. "No hay nada que hacer, se dijo, ahora sí resignado del todo, hasta lo más hondo, no hay nada que hacer".

Y nuevamente se preguntó qué hacía ahí, en el Zócalo, "como un tonto". "¡Dios mío, exclamó para sus adentros, si la gente que me respeta y me admira

me viera!..." Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Angustiado registró sus recuerdos para encontrar a alguien que lo respetase o lo admirase, y disgustado, casi colérico, hubo de confesarse que no encontraba a nadie. "Sin embargo, sin embargo...", murmuró. Y en seguida, con certidumbre orgullosa: "Sí, sí hay quien me admire y me respete."

Una ola de alegría le acarició el pecho para ser borrada al instante por la preocupación. "Y bien, ¿qué les diría?" Les diría: "Estoy aquí contemplando el Palacio Nacional, ese monumento de la arquitectura colonial". "No, me responderían, usted está enfermo, maestro, váyase a su casa". Y estoy enfermo, enfermo, tengo fiebre, se me doblan las piernas".

Así era, en efecto. Se había sostenido en pie por un milagro; pero su enclenque cuerpecillo no podía resistir más. "¡Muy sencillo!: "Me siento enfermo, señor mío, y vine a Catedral a pedirle al Señor que me devuelva la salud. Precisamente voy a Catedral..." No experimentó el menor placer en haber fraguado el inocente embuste. "¿Yo, Aquiles Alcázar, un empleado honorable, convertido en un mentiroso? ¡No, infames preguntones; no, impertinentes, no mentiré por saciar la malsana curiosidad de ustedes!" Este rasgo de firmeza de carácter levantó su decaído espíritu. "No mentiré, pero lo que es a misa sí voy, debo rogar a Dios que me perdone".



Echó a andar hacia la Catedral, cruzó con inseguro paso la anchurosa calle que separa a la iglesia del jardincillo de la Plaza de la Constitución y se encontró, muy antes de lo que hubiera querido, ante la verja que rodea el atrio. "Esta iglesia orgullosa no es la mía, se le ocurrió repentinamente, a mí me espera Dios en Los Angeles, en aquella iglesita sencilla y triste. Sí, si El habita en alguna parte es en los templos humildes, en donde no hay oros ni los fieles van a ostentar su soberbia. Allá me espera Dios, allá..." Fijó en la Catedral una tenaz mirada, como reprochándole su grandeza, su severidad, su elegancia; pero una dulce sonrisa subió a sus labios: "Dios está en todas partes: en los templos grandes y en los pequeños, en los ricos y en los modestos".

Sintió un gran descanso en haber reflexionado oportunamente, y, sin embargo, no se movía de su sitio. "...Tanto más, añadió confuso, como si completara un pensamiento, cuanto que estuve a punto de entrar por miedo a aquella inmundicia caterva. Quise buscar refugio para mi cobardía entre los sagrados muros, y ¿no debo en desagravio...?"

Pero ya el recuerdo había asido a su atención. Evocó uno a uno los rostros de sus compañeros de oficina. El primero, el de Esperanza. ¿Por qué ella antes que nadie? ¿Por qué no primero el del señor Vázquez, su superior jerárquico? Intentó arrojar de la memoria el rostro de la empleada para sustituirlo por el de su

jefe; pero no pudo: el nombre de Vázquez no despertaba representaciones, imágenes. Por el contrario, Esperanza, rubia como la miel, risueña, estaba allí, en el recuerdo, fresca, vivaz. Alcázar intentó degradarla cubriéndola de injurias: "¡Prostituta!... ¡Ramera!... ¡Tiene amantes!" Inútil: Esperanza permanecía inalterable, llena de seductora fuerza, de inmarcesible vigor. Aquiles Alcázar se rindió ante lo inevitable. "Es una joven preciosa y, a mi juicio, honestísima; si murmuran de ella, es por envidia, por resentimiento. ¿Qué no daría cualquiera de los que la infaman por una caricia suya! ¿Qué no daría cualquiera de las que la calumnian por tener sus ojos, sus labios, sus cabellos, su noble frente, su cuerpo esbelto!" Al llegar a este punto, dió tregua a su entusiasmo. "Me lo temía, se dijo con desgano, estoy enamorado de ella".

Se desconcertó de haber sido tan sincero consigo mismo, tan llano y "cínico". "¿Pero es que una persona como yo puede enamorarse de semejante chicuela? ¿Yo, con mi experiencia, con mi cultura?... ¿Y a santo de qué había de enamorarme? La vi sentarse junto al señor Vázquez, que carece de méritos para ser objeto de tal preferencia. ¿Qué es el jefe? Sí, es el jefe; pero no tiene más méritos que los revolucionarios, es decir, que no tiene méritos."

Sin que él lo hubiera provocado, la imagen de Vázquez antes tan rehacia, tan obstinadamente huraña, vino a sus mientes. Sonrió con una sonrisa hipó-



crita y dijo: "Podría hacerle daño, maestro". El oficial quinto se enfureció. "¡Sí, méritos revolucionarios, nada más!", gritó por dentro. "Y esa clase de méritos, concluyó, son un oprobio". El señor Vázquez se esfumó, sonriendo siempre.

Entonces vino a la memoria de Alcázar y se metió en ella de rondón, sin ceremonias, el insolente Torres con las manos en los bolsillos del pantalón. Cantaba: "El relajo no tiene ideología". Vinieron después Elena y Ochoa, Pastrana...

El cumplido empleado lanzó una mirada a su alrededor: ¡iba a bordo de un tranvía! Fué tal su asombro, que estuvo a punto de desvanecerse. ¿En qué momento subió al carruaje y en qué lugar? No se esforzó tratando de averiguarlo, porque al lanzar una mirada hacia la calle, a través del cristal de la ventanilla, se percató con una satisfacción muy especial, "parecida al orgullo", de que el tranvía se deslizaba por la calle de Donceles, la ruta que, desde hacía muchos años, era familiar al señor Alcázar, la que recorría todos los días a mañana y tarde. "A pesar de mi agitación, de mis preocupaciones, no me he equivocado".

Alegre, contento de ser "tan dueño de sí mismo", se dedicó a curiosear, a ver a los transeúntes, a las casas, a los vehículos. A decir verdad, esa era su única diversión desde tiempo inmemorial. De ordinario permanecía en su habitación durante los asuetos burocráticos; pero si le daba la humorada de aburrirse, sa-

lía a la calle, tomaba un tranvía y se solazaba recorriendo la ciudad a bordo de él. El "Portales", se envanecía, pasa por delante de setenta y dos cantinas y cervecerías en su viaje de subida..."

Sonrió para su coleteo, con la certeza de que no todos eran tan observadores como él. Otros seguían todos los días, "desde la cuna", el mismo camino, y no serían capaces de precisar ante cuántas cantinas, ante cuántos estanquillos, ante cuántos edificios públicos pasaban. El, el señor Alcázar, podía, en cambio, dar todo género de pormenores.

Tan confortante, tan halagador era aquello, que el viejo empleado decidió enriquecer su conocimiento de la ciudad contando las casas de dos pisos. ¡Ay!, hubo de renunciar a la empresa porque el término de su viaje se aproximaba.

De pronto dió un salto en su asiento: "¿Se habrán matado ya?" Hacía largo rato, "años", que no se acordaba de sus compañeros de oficina, pensó, y he aquí que los evocó en la forma más siniestra: muertos, muertos en la carretera a Cuernavaca, en un accidente. Alcázar se estremeció pensando que si los paseantes estaban muertos, él era el culpable, aunque las apariencias indicaran lo contrario. "¿Sabemos acaso qué fuerza, qué aptitud para realizarse tiene el deseo, no obstante que no lo acompañe la acción? Es inútil que yo trate de consolarme con la idea de que no hice nada para provocar esta catástrofe. Mi deseo es más po-



deroso que mis actos y, sin duda, yo soy el autor de su muerte. ¡Pobres jóvenes: los he matado...!" Aturdido, ahogándose en emoción, procuró representarse la escena de la "catástrofe"; pero su imaginación no respondió a la solicitud. "Sin embargo, yo los he matado, ¡soy un asesino!" Se lo dijo con cierta golosa angustia. Y en seguida: "Y ni siquiera me llevarán a la cárcel. ¡Ah, no, los hombres son incapaces de ver la verdad! Antes al contrario, tal vez los periódicos digan: "Afortunadamente el señor Aquiles Alcázar, eminente polígrafo, no iba con ellos". O, tal vez: "Don Aquiles Alcázar, probo funcionario, fué el último en estrechar las manos a los desdichados"... Y quedará yo al frente de la oficina: ¡eso es!" El optimismo y la alegría reptaron por la estrujada conciencia del empleado durante una fracción de tiempo brevísima, porque de inmediato surgió el temor: "Pero qué remordimiento, qué amargura, qué dolor van a ser los míos. ¿De qué me servirá que reconozcan mis méritos si he de sobrellevar semejante pesadumbre?" Titubeó, sintiéndose desgarrado por la pena. Y de pronto salió de ella erizado de orgullo y de fiereza: "¡Alto! ¿Por qué culparme? Un enfermo no es culpable de su delirio. Y yo estoy enfermo. Iré a ver a un médico que lo certifique. Eso es: iré a ver al médico para probar mi inocencia".

La intención de ver a un médico se esfumó sin haber dejado huella, para dejar espacio al vacío mental.

Aquiles Alcázar fué hacia la puerta del tranvía, llevó la mano al bolsillo del saco y con tres dedos, con sólo tres dedos, "como siempre", extrajo la cartera de mica en que guardaba el abono. Enseñó éste al conductor con un movimiento rápido, casi desdeñoso, y quedó de pie en la plataforma del vehículo. El espectáculo de las casas sucias y pobres, de los figones destartados con hornillos negruzcos en las puertas, de los transeúntes macilentos y mal vestidos, fué un sombrío estímulo para el oficinista. "¡Dios mío, hay tanta, tanta miseria en el mundo! Y mientras la gente pobre sufre, una partida de revolucionarios va a Cuernavaca a despilfarrar el dinero que daría de comer a muchos..."

Se apeó.

Al poner los pies en la calle, volvió los ojos hacia el jardín: su mirada tropezó con el poste en que, a hora temprana, antes de que "todo aquello" ocurriese, había visto apoyarse al viejecillo del sombrero de soyate. "¡Pobre hombre! ¿De dónde saqué que es el demonio? ¿De dónde?... Es inconcebible: ¡un hombre culto, con más de treinta años de servicio, dominado por supersticiones medievales!" Y a continuación: "El demonio, Lucifer, Satanás!..."

## XI

Echó a andar sintiendo que las piernas le flaqueaban. "Es que estoy enfermo, sigo enfermo... Sin



embargo, continuó, no me duele la cabeza: señal de que no es cosa seria. Pero esta fiebre, ¡esta fiebre! No es preciso que duela la cabeza para estar enfermo, no es un requisito... ¿Y si me muriera?, le vino a las mientes tan de súbito que no tuvo tiempo para ahogar la pregunta, ¿qué sucedería si me muriera? Ya veo a aquellos gandules saltando de alegría, serían capaces de venir al duelo tan sólo por darse el gusto de escupir mi cadáver. "Este fué el viejo Alcázar", diría Torres. Tal vez Esperanza llorara un poquito, un poquito cuando menos, si Vázquez lo toleraba. Porque no hay que olvidar que ésa es una mesalina, ¡una mujer sin corazón, un ser diabólico hecho para el mal! Por eso, Señor, no debo morir. ¡Hay tantos pecadores que no merecen el premio de la vida, prosiguió con angustia, pon en ellos tus ojos, Dios mío! En realidad yo soy un siervo humilde y, a más de ello, un gusanito, no valgo nada: ¿de qué serviría al cielo mi muerte?"

Tras hacerse estas reflexiones, sintióse más enfermo que antes, creyó que iba a caer a la mitad de la calle y se llenó de espanto. Con una precisión aterradoramente vió su cuerpo tendido en las piedras; los viandantes, al pasar, gruñían malhumorados: "¿Por qué la policía no se lleva a los borrachos? ¿Por qué no evita estos espectáculos bochornosos?" De sólo pensar que la gente pudiera expresarse así, el señor Alcázar se puso encarnado como una langosta; pero sin transición se tranquilizó pensando que todo el que tuviera sano

el juicio, vería en él una persona decente, incapaz de embriagarse. Entonces no con asco, sino con piedad, se inclinarían sobre su cuerpo inánime y dirían: "¡Pobre!" Tal vez alguno, compadecido, iría a la farmacia próxima, o buscaría un médico. Y cuando el oficial quinto recobrara el conocimiento, le preguntarían ansiosamente: "¿Qué le ha pasado?" "¿En dónde vive usted?" Quizás una señora devota exclamaría: "¡Santo Dios!" El señor Alcázar, valientemente, diría: "No es nada", sacudiría sus ropas cubiertas de polvo y sin ayuda de nadie, "por su propio pie", se dirigiría a su casa.

Al llegar a este punto en el camino de la imaginación, se reconcilió con el mundo: olvidando del todo su pasado soliloquio alusivo a los pecadores, sintióse ungido por la suave certidumbre de que "todavía" hay hombres buenos en el mundo. Una sonrisa pálida crispó sus labios exangües, reseco.

En esto vió la fachada de la casa de huéspedes. Fué una ojeada rápida e involuntaria cuyo resorte no se habría podido encontrar en la intención. Mas, no obstante la brevedad, no obstante que los ojos resbalaron, por así decir, sobre la gris, vieja fachada, Aquiles Alcázar dióse cuenta de que algo había cambiado en él. Detuvo sus pasos, presa de una turbación inexplicable, y, como con miedo, dirigió una nueva ojeada, ahora sí consciente de que lo hacía, a su albergue. ¿Por qué tantos preparativos y tanto recelo? El em-



pleado no habría podido decirlo aunque se lo hubiera propuesto. Durante años y años, varias veces al día, aquella fachada gris y vieja penetró por su mirada, y nunca, nunca, suscitó la menor emoción. No así ahora. Algo muy hondo, algo escondido en quién sabe qué pliegue del ser, había despertado, pues que Alcázar se sintió turbado. “¡En qué horrible pocilga vivo!”, saltó a su conciencia la turbación. Pero no se trataba de eso, sin duda, puesto que la frase, lejos de dar sosiego, pareció hacer más intenso, más cruel el sufrimiento. Sin embargo nuestro héroe no quiso ceder: “Es positivamente horrorosa, se diría que va a recostarse en la casa contigua, y ahí, por encima del segundo balcón, la cornisa está rota. ¡Y qué de remiendos, qué de desconchaduras! Además que no tiene pies ni cabeza: carece de simetría en lo absoluto”.

Engreído con su crítica, miró largamente durante varios minutos, a la pobre construcción. Y mientras la contemplaba con aire idiotizado, se le ocurrió que era un dolor y una vergüenza vivir ahí, porque otros, por ejemplo el señor Vázquez, a cuyo chalet había ido en dos ocasiones, habitaba en lugares hermosos, llenos de luz y de limpieza. “Ahí la vida debe ser muy agradable”, pensó de paso. E imaginó en seguida que Esperanza sería inquilina de un lindo apartamento con ventanas a una calle ancha y soleada.

Sólo él, sólo Aquiles Alcázar, vivía en una “pocilga”. La injusticia de la situación no escapó al oficial

quinto. Si el mundo, si los hombres, dieran a cada uno lo que merece, el señor Alcázar habitaría un palacio, en tanto que Vázquez apenas conseguiría una mala cabaña y Torres tendría el cielo por techo; pero los hombres y el mundo no atienden a méritos, la vida se desenvuelve arbitrariamente y los mejores son escarnecidos u olvidados, mientras los peores disfrutaban del homenaje y la riqueza. A no ser por el freno de la religiosidad, el empleado habría estallado en blasfemias: “Si hiciéramos un examen de los que viven bien, desahogada y cómodamente, no encontraríamos entre ellos a un solo hombre talentoso (talentoso, no astuto) o verdaderamente culto. El cielo quiso que el dolor y la pobreza acompañaran a la sabiduría”.

Esta última parte de su meditación lo colmó de alborozo. “¡Soberbio pensamiento, se dijo con orgullo, tan sencillo y tan profundo! Tiene una sencillez clásica: ¡eso es!” Con mucha delicadeza se contempló a sí mismo por dentro, valga la expresión, y quedó gratamente sorprendido, al extremo que sustituyó la sobreexcitación anterior por un bienestar inefable y por un puñado de ensueños felices en que se perdió deliciosamente. Vió los siglos futuros, los hombres por venir, todo con una claridad incomparable, y, lo que es más, “de un solo golpe de vista”. Sobre los siglos flotaba un nombre: Aquiles Alcázar, y en los hombres latía el recuerdo de un ser insignificante y humillado en su tiempo: Aquiles Alcázar. Así sería, sin duda. Tan cierto estaba



el oficial quinto de ello, que volvió a evocar su ensueño y a reconstruirlo parte por parte sin experimentar la menor fatiga. Sus labios insinuaban ya una sonrisa, cuando una pregunta vino a destrozar el alegre proceso mental: "¿Cómo harán para recordarme? Nada he escrito y nada dejaré a la posteridad que diga quién fui". Calló interiormente, anonadado, henchido de desencanto. "He aquí: la grandeza se consigue en lo que se hace, no en lo que se es, y aunque yo tengo la certidumbre de que puedo..."

En vano ensayó entregarse a la tarea de medir sus aptitudes. Había caído en la realidad, en la circunstancia, y ésta lo retuvo tercamente. Alcázar miró a su alrededor y, a no tener tan reseco el paladar, habría lanzado un grito: se encontraba en una callejuela empedrada y retorcida en que la luz cenicienta del otoño ponía tintes melancólicos. Las casas, de uno o dos pisos, eran viejas y algunas tenían rotos los cristales de sus ventanas, otras tenían puertas pequeñísimas, como hechas para enanos, y todas exhibían cicatrices, manchas negruzcas. El empleado nunca había transitado por aquella calle, aunque sabía de su existencia por haber pasado cerca. Así le pareció dolorosamente extraño encontrarse en ella. ¿Por qué estaba ahí, en ese lugar sórdido, triste, infinitamente triste? "Tal vez no fui yo, sino mi tristeza la que buscó esta calle", reflexionó con una sombría angustia. "¿Triste, triste yo?, inquirió con disgusto. Me indigna que el mundo sea así, me

contraría que todo esté tan mal organizado; pero no estoy triste. Afortunadamente soy un funcionario honorable y un hombre de dotes superiores. Sin embargo... sin embargo... he venido a esta calle", se confesó. En el momento de hacerlo, un estrepitoso estornudo sacudió a sus carnes. "Es este resfriado, ¡este maldito resfriado! Y, a propósito, ya no estornudaba. ¿Voy a empeorar? Me tiemblan las piernas y... ¡debo irme a casa!"

A pesar de haberse formulado aquel propósito con toda la energía de que era capaz, prosiguió su marcha por la angosta callejuela. Arrastraba los pies pesadamente y su paso vacilante lo obligaba a hacer eses, como si estuviera ebrio. No pudo menos de advertirlo y una gran piedad de sí mismo embargó su ánimo. "¡Pobre de mí, tan enfermo y vagabundeando por este barrio hostil! Ciertamente me habría hecho mucho bien pasar unas horas en Cuernavaca; pero aquellos desalmados, aquellos... ¡Bien sabe Dios que había renunciado a toda idea de venganza! Yo quería acompañarlos como un simple camarada, porque al fin y al cabo es cristiano perdonar, y aunque sean revolucionarios, yo que soy generoso... sí, eso es... generoso... ¡y cristiano!..." Sus ideas se embrollaron, sintió que la vista se le nublaba, como si ante ella cayera un telón oscuro, y, acobardado, se detuvo apoyándose en la jamba de una puerta. Un sudor frío humedeció su



frente, un principio de asfixia hizo anhelante su respiración, las sienas le zumbaron...

"...Eso es, ¡renunciar!, se dijo triunfalmente no bien estuvo repuesto. Cuando el señor Vázquez llegue, ya tendré hecha mi renuncia: "La presente tiene por objeto rogar a usted que acepte mi renuncia irrevocable al puesto que he venido desempeñando bajo la digna dirección de usted. Agradeciendo sus atenciones, me es grato..." ¿Atenciones?, ¿pero ha tenido atenciones para mí ese mequetrefe? No, sería humillante y falso decirlo. Atentamente, ¡y basta!"

Rebosando satisfacción, imaginóse la escena: Vázquez leería un poco desdeñosamente, con "su habitual suficiencia", el escrito; pero al enterarse de su contenido se pondría densamente pálido, miraría al señor Alcázar con azoro y de pronto, persuadido de que "no podía prescindir" de aquel valioso auxiliar, se lanzaría corriendo a consultar con los restantes empleados. Y todos se agruparían en derredor de él, ávidos, agitados, discutirían apasionadamente, hasta que uno de ellos, el más resuelto, o el que designara el señor Vázquez, "o tal vez Esperanza", viniera hacia Aquiles Alcázar para preguntarle: "¿Por qué va a dejarnos, maestro?" El, sereno, tranquilo, "sin inmutarse", respondería: "Mis asuntos, señorita, mis asuntos particulares". Pero no lo creerían, sin duda, se resistirían a creerle, o bien le rogarían: "¿Tan importantes son sus asuntos que nos deja?" "Mucho muy importantes". Cuando

el oficial quinto se expresara así, los empleados comprenderían qué grave peligro se cernía sobre ellos y entonces implorarían, asustados. ¡Ah, qué hermoso iba a ser todo eso! El placer que experimentó el señor Alcázar fué tan grande, que olvidó su reciente desfallecimiento, las humillaciones de que había sido víctima aquella mañana. Con paso ágil y ligero reanudó su marcha. Llevaba el corazón repleto de odio y de alegría.

## XII

De repente, en el momento en que más poseído se sentía por la certidumbre de que su renuncia ocasionaría un trastorno indescriptible en la oficina, se detuvo ante un cartel fijado en la pared. Era el de un cine de barrio y anunciaba la función del día. Nada extraordinario; nada prodigioso indicaban los grandes caracteres negros impresos en papel anaranjado; pero el oficial quinto leyó desde la primera hasta la última palabra, sin perder una sola. No quiere decir esto que pusiera atención en la lectura: si alguien le hubiese preguntado de qué cine era aquel cartel y qué film anunciaba, el señor Alcázar habría dado la desconsoladora respuesta de que lo ignoraba. Había leído nada más con los ojos, podría decirse, aunque esto no fuera del todo exacto. Pues mientras se prolongó el examen del cartel, los sombríos pensamientos que acosaban al probo funcionario, le dieron tregua.



Fué un descanso, un "oasis", hubiera dicho él, en el fatigoso vagabundear de su mente enferma.

Desdichadamente no duró más que un minuto: las líneas del cartel eran pocas y muy cortas. El señor Alcázar, apenas se había apartado de su angustia, se vió en trance de regresar a ella, lo que habría sucedido sin remedio, a no ser porque a sus oídos llegó un rumor de voces joviales, salpicadas de pequeños gritos. Procedían ambos, gritos y voces, de una cantina cercana, y los profería un grupo de hombres sentados a una mesa chaparra y mugrosa. Tenían ante sí sendas copas presididas por una gran botella llena hasta la mitad de un líquido transparente. Como una bombilla eléctrica, suspendida del techo, iluminaba la escena, Aquiles Alcázar, con "su peculiar perspicacia", se dió cuenta de que aquellos hombres se embriagaban. Eran gente humilde: vestían trajes azules de mezclilla manchados de grasa y sus rostros morenos delataban el descuido y el desaseo. Uno, quizás el más viejo, tiraba de las guías de su bigote al mismo tiempo que reía a carcajadas. Los demás hablaban todos a una tiempo, disputando amistosamente.

Todo eso advirtió Alcázar de una sola vez y el espectáculo le pareció "repugnante". Aquellos pobres seres humanos señalados por las cicatrices de la pobreza y, sin embargo, alegres, le causaron una impresión deprimente. "Qué inconsciencia, rumió, qué inexpugnable inconsciencia. Arrastran una vida humillada,

llena de dolor, de privaciones, y ríen como si fueran felices. No tienen noción del decoro, no saben que son casi como animales. ¡Eso es: bestias!" Pero a estas ásperas consideraciones sucedió la compasión: "¿Y qué han de hacer, Dios mío? Si pensarán en su degradación, si se pusieran a verse, morirían de asco y de tristeza. Bien está que se embriaguen, porque el vino es el refugio de los que sufren. Bien está que se embriaguen para que sigan viviendo. La sobriedad es patrimonio de los espíritus fuertes, de los hombres superiores..." Conmovido, lanzó una nueva mirada a los bebedores. "Nadie, prosiguió, se explicaría a Aquiles Alcázar borracho". Suspendió bruscamente el curso de su pensamiento, aturdido, dominado por un extraño desconcierto que casi no tuvo tiempo para durar, porque entre él se abrió paso una nueva idea: "El tequila con limón es bueno para los resfriados y, además, si uno no se excede... no es preciso perder la cabeza... Y, por otra parte, si he ido con aquellos gandules, ¿no me habrían obligado a embriagarme? Sí, así es, exactamente así es... Pues bien, no necesito de ellos, puedo beber por mi cuenta y riesgo. Por fortuna gano un sueldo y lo devengo honradamente. ¡No tendrán ustedes oportunidad para decir que Aquiles Alcázar bebe su vino! Mi vino es mío y si ustedes pretenden..."

Sin que su propósito tuviese un contorno definido, había enderezado sus pasos hacia la taberna. Tras-



puso la puerta y al hacerlo sintió que un calosfrío, o, mejor dicho, que un proyecto de calosfrío sacudió más a sus nervios que a sus enjutas carnes. Fué a la manera de un aviso; pero él no quiso retroceder: acababa de descubrir que, bebiendo a solas, tomaba un desquite, vanamente esperado. "No, jóvenes, yo no necesito de malas compañías en mis expansiones. Me basto y me sobro solo, a Dios gracias".

Sentóse pesadamente, o se dejó caer, ante una mesita situada en un ángulo de sombra, no lejos de los alegres bebedores. Hasta él llegaban las voces broncas y difíciles, sembradas de interjecciones y obscenidades. Hubo un pormenor que le causó una impresión muy desagradable: el piso húmedo estaba cubierto de serrín, olía a creolina. "Esto me va a hacer daño", fué su primera reflexión; pero la rechazó para pensar con cólera que seguramente Vázquez y sus compañeros beberían a esa hora "bebidas compuestas" en la terraza de algún hotel de lujo, bajo un sol deslumbrador y ante un paisaje espléndido. "Así es la vida: yo que trabajo y que estoy enfermo, porque, ¡santo cielo!, qué enfermo estoy, yo que vengo a tomar una copa por motivos de salud, he de hacerlo en una cantinucha de arrabal, en tanto que ellos, viciosos empedernidos y revolucionarios, gente que ignora qué es el trabajo, se emborrachan en establecimientos de postín y hasta van a una ciudad de veraneo". Este hiriente contraste fué el venero de nueva vehemencia.

Irritado, furioso a un grado tal que apretó los puños, prosiguió: "¡Pero no saben lo que les espera! Renunciaré mañana mismo y el Departamento se hundirá; ¡eso es!, zozobrará como un barco podrido. Yo soy el alma, el todo, y sin mí no conseguirán salvarse. Que no giman y rueguen, porque no he de hacerles caso... Y el señor Vázquez, Torres, Ochoa... (¿Esperanza?) serán despedidos uno a uno, por inútiles. ¡Verán!, no he de retirar mi renuncia por nada de este mundo. Piensan ellos, como si los estuviera viendo, que no lo haré por miedo de morir de hambre... ¿Hambre? ¡Mequetrefes, yo valgo en dondequiera! Me he abandonado, me he sometido, me faltó energía hasta ahora; pero ya estoy resuelto y sé lo que valgo. A cualquier parte que vaya me recibirán con los brazos abiertos: "Bienvenido, señor Alcázar", "Es un honor tenerlo entre nosotros..." Afortunadamente hay hombres de bien que sabrán apreciar mis cualidades".

Se entregó a las más lisonjeras esperanzas, a las ilusiones más halagüeñas. Ante él, en dilatada perspectiva, se abrían horizontes de abundancia y de respeto. Infinidad de personas, "hombres y mujeres de todas las capas sociales", vivirían pendientes de él, seguirían con avidez sus enseñanzas, se inclinarían reverentes. "Y no a Cuernavaca, sino a Río de Janeiro iré a descansar cuando quiera". El oficial quinto, en silencioso brindis, elevó su copa; "¿a qué hora la pedí?, ¿a qué hora me la sirvieron? Dios mío, me



ocurre esto a cada momento", y la llevó a los labios. El áspero gusto de la bebida, tan fuerte que parecía fuego, provocó una reacción inesperada. Alcázar, lleno de contrición, se confesó que pensaba con soberbia, que sus sueños eran de orgullo y vanidad. No quiso, empero, "rendirse": "Dios misericordioso, Tú que todo lo sabes, di si no merecemos más los que Te servimos que los que Te ofenden. Yo soy creyente, Señor, y a más de eso Te dediqué mi vida cultivando mi intelecto, perfeccionando el ser que me diste".

Sonrió, contento de su hallazgo. "Es la pura verdad: a Dios se le puede servir desarrollando la inteligencia que nos dió, puliéndola, cuidándola como a una joya en lugar de desperdiciarla en aspavientos demagógicos. Y yo soy ese que la ha pulido y cuidado, soy ese que sabe apreciar el don recibido en lugar de desperdiciarlo y ultrajar al autor de la dádiva. ¡No tengo de qué avergonzarme! El reconocimiento de mis méritos por mí mismo no es soberbia, sino placer de servir al Señor. Procedo como un cristiano y cualquier reproche, ¡cualquier reproche!, es injusto".

Debió haberse exaltado mucho al hacerse estas reflexiones, porque sus dos manos se elevaron, crispadas, en ademán violento, sin que él se percatara. Percatóse, en cambio, de que uno de los bebedores que habían atraído su atención, lo miraba fijamente, con una "mirada torva", y tembló. También los pobres pecan, pensaba. "En lugar de tener fortaleza y pa-

ciencia, se dedican a la desesperación y el crimen. No luchan, sino que muerden su derrota". Desvió la vista, sintiendo que aquellos ojos fijos en él provocaban una rara desazón. "Sí, los pobres, los humillados lo son porque quieren. No confían en sus propias fuerzas y prefieren oír a revolucionarios y gente de esa laya que sólo cambia una esclavitud por otra. ¡Si se oyeran a sí mismos, vencerían! Pero son cobardes, ¡cobardes! Y yo me pregunto: ¿qué culpa es mayor, la culpa de la codicia o la del miedo? ¿Es peor el rico voraz que el pobre cobarde? ¡Ah, Señor, Señor, tus criaturas son imperfectas! ¿No es la plebe la que crucifica a los justos? ¿No es la que aplaude a los boxeadores y a los líderes y escupe a los poetas? Sí, todos iguales, todos pecan, todos pecamos, Dios mío. La igualdad sólo se consigue con el pecado."

Había apurado ya su copa, chupando un medio limón entre sorbo y sorbo, y arrojó una moneda de plata sobre la mesa. Distraído, abandonó la cantina sin esperar a que le dieran el vuelto. Al pasar junto a los borrachos notó vagamente, como desde un sueño, que hacían gestos y ademanes obscenos; pero no dió importancia a aquello. Fué veinte pasos más allá de la tabernucha que se dijo: "¡Ah, se burlaban de mí!", y lejos de ofenderse, siguió adelante, sonriendo. Le alegraba encontrarse en la calle, a pesar del cielo brumoso, del empedrado, de las casas contrahechas y feas: allá, adentro, el ambiente, que no logró asomar-



se a la conciencia, era de opresión, de sordidez, y si Alcázar lo hubiera advertido, sus sufrimientos, su informe pena, habrían tomado matices más sombríos. Felizmente, absorto en sus reflexiones, permaneció ajeno al contorno; pero no pudo sustraerse a la agradable impresión que le produjo sentir la caricia de la opaca atmósfera. Por otra parte, el tequila había excitado su cerebro y suscitado una especie de sencillez, de inocencia, en los pensamientos. "Debo descansar si no quiero que este resfriado se agrave. Creo que la fiebre se ha ido, y, si me cuido, mañana estaré bien".

Al encontrarse nuevamente ante la casa de huéspedes, no sintió el menor malestar. La alteración que unos minutos antes experimentara al contemplarla, fué sustituida por una suave emoción: la de estar cercano a un sitio acogedor, a un lugar en que podría reponerse, un puerto de sosiego y una promesa de calma. En esta disposición de ánimo subió las escaleras.

### XIII

En el comedor estaba la patrona, una anciana de aire dulce, "completamente maternal", cuyos ojos lanzaban destellos de bondadosa alegría, cuyos labios sonreían suavemente. Aquiles Alcázar, ante aquella presencia, recibió una grata impresión. Antes, "mucho antes" de saludar a la señora, en un lapso tan lúcido que pareció prolongarse largamente, el honrado oficial

quinto dióse cuenta de que las últimas sombras de su malestar se habían disipado por completo: no las ideas ligadas al malestar, sino los rastros dejados por esas ideas, se borraron uno después de otro, hasta que la conciencia quedó limpia, deshabitada de otra cosa que no fuera el puro placer de encontrarse ante la patrona. En realidad el cambio había sido tan repentino, aunque Alcázar creyera lo contrario, que nuestro héroe fué presa de una sutil pesadumbre a mitad de su templanza. Esa pesadumbre tenía un poco de nostalgia, la nostalgia de unas horas vividas en cruda plenitud: pero tenía, además, un mucho de doloroso desencanto. Un pensamiento amargo, mezclándose con el gusto de ver a la patrona, dominó a la nostalgia y desarrollándose con celeridad tan grande que no alcanzó a expresarse en palabras: ¿Tan superficial, tan poco profunda había sido la pena, que un rostro amigo pudo disiparla? Fué como una leve y rápida mordedura, más rápida que un parpadeo, y, sin embargo, puso una señal en el modo con que uno, dos segundos más tarde, Alcázar respondió al saludo de la hospedera.

—Buenas tardes, don Aquiles —dijo ella.

La voz cansada, grave y a pesar de todo henchida de sentimiento, repleta de vida, tuvo la virtud de suscitar una multitud de datos, el recuerdo descarnado, ya sin anécdota, de mil escenas y situaciones arrancadas a los años: la anciana consideraba a Alcázar su mejor



huésped y como a tal lo mimaba, lo hacía objeto de preferencias y de minúsculas, delicadas atenciones.

—Muy buenas —fué la respuesta.

Apenas proferida, despertó el arrepentimiento, la idea de que la contestación había sido descortés, “seca”, y era preciso enmendarla, añadir algo amable. Entonces recordó Aquiles con una precisión “admirable”, que por la mañana, cuando abandonó la casa de huéspedes, había encontrado también a la anciana y sostuvo con ella un diálogo: “¿No desayuna usted antes de irse?” “Permítame, señora, llevo mucha prisa”. “Ahora no hay trabajo”. “Eso no obstante... le ruego”. ¿Cómo pudo precisar con tanta exactitud el baladí coloquio? ¿De dónde procedía la aptitud o el empeño de guardar en la memoria aquellas frases insignificantes? Todo esto se preguntó el oficial quinto con fugaz inquietud que no llegó a definirse porque ya las palabras fluían ajenas a la voluntad:

—Estaba un poco atrasado en mi trabajo... fui a ponerme al corriente...

“¿Pero qué necesidad había de esto, se censuró, ruborizándose, al mismo tiempo que trasponía la puerta del comedor; para qué me meto a dar explicaciones que nadie me pide?” Sintió que en las mejillas y en la frente el rubor, un bochorno de fragua, era insoportable, y no pudiendo dominarlo, pese a sus esfuerzos, se enfureció. “Todo esto es estúpido, parezco un estudiante y no un hombre serio, prosiguió. Si yo hu-

biese hecho algo reprobable, ¡vaya!, pero...” Desconcertado, lleno de extraña turbación, empujó la puerta de su cuarto.

Ya no estaba tan seguro de sí mismo y, por el contrario, empezó a sospechar que su conducta de aquella mañana había sido absurda. Su sed de venganza, desde luego, fué inmotivada: los jóvenes de la oficina organizaron un paseo, y ¿a santo de qué habían de invitar al señor Alcázar? Ningún lazo que no fuera el trabajo en común los ligaba. Ni amistad, ni camaradería: ¡nada! El oficial quinto prefirió siempre, “desde siempre, como dice Ortega y Gasset”, aislarse, permanecer aparte. Respondía con agrias repulsas a todo intento de anudar un afecto. “Verdad es que valgo infinitamente más que ellos”, se dijo; pero hubo de confesarse que nadie quería reconocerlo. “Por un motivo o por otro, meditó mientras se tendía boca arriba en la cama, me han olvidado. Llevo años y años de servir sin que me asciendan. Eso es, se enfureció de nuevo, volviendo a la seguridad en sí mismo, ¡no me ascienden porque no soy revolucionario! Nada más...” Y, con la certidumbre de que tal era la verdad, tornó a preguntarse, un poco tímidamente, si la razón estaba con él y su sed de venganza, a la postre, se apoyaba en la justicia. Una vocecita interior, muy queda, respondió que sí.

Pero dudando, todavía, vacilante la conciencia, atormentóle otra cuestión: “Suponiendo que yo estu-



viera en lo justo, ¿hice bien en procurar que me invitaran, fué decoroso eso?" Antes de buscar respuesta, atrajo sus recuerdos, se vió "arrastrándose como un reptil" en el atrio de la Catedral; después evocó la escena en que Torres hizo mofa de su confusión. "Toleraré todas sus bufonadas, ¡todas!, a sabiendas de que hacía mal. Debí impedirlo aunque me costara la vida". Pensándolo, fué presa del arrepentimiento, de un dolor tan agudo, que la desesperación estuvo a punto de adueñarse de él.

Un amarillento rayo de sol, que a la sazón filtróse entre las nubes, puso brillantes reflejos en los cristales del balcón e iluminó al pobre aposento. Fué un instante nada más, un fugitivo fulgor; pero duró bastante para que toda la miseria de la habitación adquiriera relieve: a pesar de que la criada, durante la ausencia del señor Alcázar, había hecho el aseo, los muebles eran tan viejos, estaban tan maltratados, que parecían cubiertos de polvo. El sombrero, colgado de una percha, tenía el aspecto de un animalillo grotesco y grasiento, con el halda doblada y la copa contrahecha, deforme. "Es en lo único en que no me equivoqué, vivo en una pocilga". Pero no se trataba de eso, no. Bien visto, el empleado apenas si se fijó en la habitación. Lo que le produjo una angustia sin nombre fué ver su sombrero. Por un momento, la angustia guardó su secreto, pareció inmotivada; mas de pronto lo entregó en una reflexión que puso carne de gallina a

Aquiles Alcázar: "Si he llevado puesto "eso", Esperanza no habría querido conocerme. Y Torres... ¡Torres me habría hecho pedazos!"

Avergonzado hasta casi el sufrimiento físico, se revolvió en la cama. Trató, sin lograrlo, de apartar de su conciencia la imagen de aquel sombrero viejo y sucio. Lentos, torturadores segundos libró una lucha dolorosa y tenaz contra la obsesión; pero ésta resistió obstinadamente. Al fin, sigilosa, se evadió por la puerta falsa de un deseo: "Debo comprarme otro mañana mismo. Mientras use éste, se burlarán de mí y muchos, tal vez, pensarán que soy un mendigo. ¿Cómo no lo había notado, Dios mío? ¡Es tan notorio que este andrajo me degrada! Y yo, hecho un tonto, provocando humillaciones y burlas. Es preciso que me compre otro inmediatamente. Los que vean mi sombrero nuevo, pensarán: "El señor Alcázar ha mejorado de fortuna, se le ve más joven, más alegre". Porque un sombrero nuevo rejuvenece y presta cierto aire de satisfacción. Los empleados, en las oficinas, parecen cansados y tristes porque van descubiertos. En cambio, salen a la calle y, ¡zas!, parecen otros, joviales y vivaces: ¡el sombrero! Y los que trabajan en los bancos, aunque ganan poco más que nada, ¿no aparentan ser grandes señores? Es esa forma especial de sus sombreros. Sí, eso es. Ellos no llevan el ala inclinada hacia abajo, por delante, sino toda suavemente curvada hacia arriba, ¡y qué solemnidad les da eso!... ¡So-



berbio, compraré uno así! Entonces no tendrán más remedio que darme mi lugar”.

Echó una mirada de desprecio a la pobre prenda de vestir y sonrió. En su imaginación vióse tocado con un sombrero de color gris perla, triunfalmente ovoidal, terso y blando. La gente se volvía a verlo y cuchicheaba con respeto: “Es el señor Alcázar, el polígrafo que trabaja en la Secretaría de Educación Pública”. Los compañeros de oficina, asustados, con pretexto de pedirle consejo, procurarían estar cerca de él. Nuestro héroe no pudo menos de sonreír a solas, tan halagüeño se le antojó aquello. Ignoraba que su orgullo y su alegría se iban a trocar en inquietud. “¿Con qué dinero?”, se preguntó. La sonrisa huyó de sus labios. La cabeza, pesada, apoyóse en el cojín. “Sí, eso es, no tengo dinero para comprarme uno, ¡hasta eso me niegan!” Repasó con vertiginosa rapidez los datos de su pobreza, la casa de huéspedes, los viajes en tranvía, las calladas abstenciones, y se persuadió de que no podría, “en mucho tiempo”, comprar un sombrero nuevo. “Los pobres no tenemos derecho a nada”, pensó. Y en seguida: “Sólo Dios sabe si tendré que ir al hospital para curarme. Porque estoy enfermo, no es una ilusión. La misma Esperanza (¿o Elena?) se vió obligada... Sí, me puso la mano en la frente”. Rompió a reír con una silenciosa risa convulsiva que lo sobresaltó. Cohibido, incorporóse y paseó su mirada por el aposento, como si temiera que alguien lo hubiese oído.

Tranquilo al cerciorarse de que estaba solo, reanudó sus reflexiones. “Pero ya no tengo nada, he dejado de estornudar y no experimento la menor molestia”.

## XIV

Palpóse la frente y después el cuello, con lo que se cercioró de que había sanado. Desbordante de contento, puso la mirada en el cielo raso y, no obstante que el día brumoso apenas untaba claridad en las superficies del humilde interior, descubrió una mancha amarillenta en que nunca, antes, había reparado. “Tal vez una gotera”, pensó. La mancha, de bordes caprichosos, retuvo su atención. Al primer golpe de vista fingía la silueta de un pavo real con la cola extendida; pero, viéndolo más despacio, no había tal pavo real, sino un pobre hombre abrumado por un gran peso. “Es Atlas”, se dijo el señor Alcázar con criterio mitológico, que rechazó casi al punto para refugiarse en un realismo lancinante: “No, más bien es un traperero, uno de nuestros pobres “pepenadores”, con su red repleta de papeles viejos y trapos sucios. Va por la calle y todo el mundo se aparta de él con asco; pero el “pepenador” está contento porque hizo una buena requisa de inmundicias”. Sin embargo, “hacía falta mucha imaginación” para ver esa figura en el caprichoso contorno, que, “más bien”, parecía un globo cautivo o un gigantesco alcastraz... Los párpados del



oficial quinto se entornaron blandamente. La mancha del cielo raso flotó en el cerebro como una nube más y más vaporosa cada vez, que se disolvió en una sombra uniforme y compacta.

De esa sombra, envuelto en difusa fosforescencia, tal un espectro, surgió el señor Vázquez, apenas cognoscible en el incierto halo y la distancia. Pues estaba lejos, muy lejos, como el fondo de un largo túnel, y, tardó lentos, abundantes minutos para acercarse a Alcázar, para dejar ver su faz verdosa de cadáver, en cuyos rasgos se arrastraba la presencia de una inminente putrefacción. Adelantaba con pasos implacables, fríos, sin dejar rastro en las tinieblas, y cada movimiento tenía quién sabe qué de espeluznante, de amenazador y misterioso. Estrujaba un gran pliego de papel en sus manos lívidas: un enorme escrito del tamaño de una sábana, por lo menos, en que el sello oficial parecía un plato. "¡Quiero un dictamen, un dictamen! Inmediatamente, ¡hágame favor!", balbucía con voz apagada, quejumbrosa. Avanzaba más y más sin llegar al fin, retrasándose en sus propios pasos, acercándose sin acercarse, como si anduviera sobre una alfombra que se deslizara bajo sus pies. Parecía no ver: marchaba en línea recta, los ojos tercamente fijos en nada, tercamente inmóviles, y la verruga, la inconfundible verruga semejante a una pavesa, marchita y gris. "¡Quiero un dictamen!"... Aquiles Alcázar, trémulo de miedo, intentó huir; pero no pudo. Algo,

una fuerza desconocida y tremenda, se lo impidió; intentó gritar, y en su garganta no había sonidos. El honrado empleado sentía que un sudor pegajoso manaba de todos los poros de su cuerpo, que el corazón le golpeaba brutalmente en el pecho hasta casi ahogarlo. Estaba a punto de caer presa de un vértigo, cuando el señor Vázquez, saltando ágilmente, se puso a su lado, escondió de prisa entre sus ropas el pliego de papel que antes estrujara, sonrió culpablemente y, quitándose la gorra galoneada, se inclinó hasta rozar el suelo con la frente. "¡Qué indignidad!", murmuró Aquiles, asqueado; pero el señor Vázquez no escuchó o fingió no escuchar: con ademán humilde abrió la portezuela del automóvil y se apartó chillando grotescamente: "Un dictamen, por favorcito". Alcázar, sin responder, arreglando con su enguantada mano su sombrero, un hermoso sombrero gris de fieltro tan suave como la seda, subió al carruaje con majestuoso empaque y se dejó caer, indolente, descuidado, en el blando asiento. Su mirada iracunda se clavó en la nuca del chofer, sí, sí, en la nuca de Torres, que de pronto se congestionó al golpe de una risa espasmódica, prolongada y cruel, que no se extinguía a pesar de estar el automóvil en marcha: a los lados de la carretera las palmeras disparaban sus verdes penachos hacia el cielo azul, intensamente azul, de un azul casi angustioso. Unos metros más allá, doscientos o trescientos, apenas una faja en donde el sol, un sol invisible, muy alto sin duda y co-



mo ajeno al paisaje, reverberaba tristemente, el mar latía plácido y dulce hasta alcanzar en el horizonte al cielo. A trechos veíanse casitas blancas con tejados rojos, palacetes de descanso, lindos como juguetes, y de vez en cuando la soledad entregaba la silueta, súbita y fugaz, de algún hombre vestido todo de blanco, el contorno de alguna mujer ataviada fresca, jovialmente. ¡Ah, el señor Alcázar no podía prescindir de su matinal paseo! Ahora, en este instante delicioso, lo reconocía. Intentó hablar, decir cualquier cosa que expresara su satisfacción, y nuevamente algo indefinible, turbio, se lo impidió, hundiéndolo en tiránica mudez, sobre la que, siniestra, resonaba la risa de Torres, el chofer. La voz brotó espantosamente inesperada: “¡Cómo! ¿Pielés?” A su lado iba Esperanza, toda envuelta en pieles, en un soberbio abrigo de zorros plateados que hacían más incitante, más lasciva, la belleza de la rubia joven. “¿Pielés?”, insistió colérico Aquiles Alcázar. Esperanza volvió a él su hermoso rostro de mujer enamorada, en que una húmeda sonrisa pregonaba dicha y sumisión bajo los cabellos de oro, bajo los ojos de fuego. Poco a poco, con ademanes en que la elegancia y la gracia se enlazaban, despojóse del abrigo: las manos de finos dedos acariciaron un segundo el suntuoso arreo, para apartarlo en seguida. Y acto continuo, con una prisa que revelaba impaciencia, que decía el ardor, empezó a desabotonar el vestido: un hombro blanco, de mármol, ¡de alabastro!, pareció

saltar del corpiño carmesí a los ojos del señor Alcázar. “¡No, ahora no!”, aconsejó él, advirtiendo que el mesero, un hombrachón astroso, se acercaba llevando en una mano una gran charola colmada de vasos, y en la otra una red repleta de desperdicios. A pesar de la mugre y la corpulencia, el mozo tenía una cara femenina, cuyas facciones evocaban las de una mujer (¿qué mujer, qué mujer?) conocida tiempo atrás, hacía muchos, muchos años, cuando Aquiles Alcázar se asomaba, sin conciencia, un nudito de tejidos, a la vida. “Ahora no, alma mía, añadió, abrazando, enajenado, a Esperanza, hay mucha gente”. Y, en efecto, una muchedumbre ululante se agitaba en torno a la mesa. Clamaban y gemían elevando las manos al cielo, con gestos de veneración y de súplica, en tanto el señor Alcázar se esforzaba tratando de recordar qué persona evocara el mesero... Los clamores y los gemidos crecían, crecían en atroz marea; pero Aquiles no tuvo coyuntura para saber qué los motivaba, porque su padre, apartando nerviosamente el libro en que lo enseñaba a leer, le hizo notar que un tropel de muchachas salía a borbotones de la Escuela “La Corregidora de Querétaro”. Dando alegres alaridos que se confundían con los campanillazos de un tranvía, tropezando unas con otras, arremangándose las faldas para correr con más libertad, fueron al mar y se lanzaron de cabeza en él. Pero el mar ya se había ido, huía hacia el confín arrastrando consigo su playa dorada, sus retorcidos caracoles,



sus conchas como abanicos y unos ángeles de alas moradas, que lloraban en silencio. Entonces el señor Alcázar enlazó por la cintura a Esperanza y allí en la soledad de la alcoba, la besó en los labios...

Un súbito temor, como una daga, le taladró los sesos: "¿Y si todo fuera un sueño? Voy a despertar"...

Despertó con la cabeza despejada, "como si en la vida hubiera dormido". Sólo un ligero mal gusto, una sequedad desagradable en la boca, daban testimonio de que la siesta no había sido una ilusión. El empleado, con un solo impulso, sentóse al borde de la cama, miró al balcón, al pedazo de cielo cuadrado, gris y frío que a través de los cristales se veía. Sentado en el viejo lecho, recordó una a una sus andanzas de aquella mañana. Mientras avanzaba en el recuerdo, una pesada congoja se iba apoderando de él. Se hizo severos reproches, afeó rigurosamente su conducta, cierto de que había procedido "como un imbécil"; pero debajo de la severidad y del rigor palpitaba el llanto. Cuando evocó el momento en que lo dejaron plantado frente al Palacio Nacional, los ojos del señor Alcázar estaban húmedos. Se puso de pie, retorciendo las manos inconscientemente, y en voz alta, sin importarle que pudieran oírlo, exclamó con tembloroso acento:

—¡Qué cosas inspira la soledad! Y yo qué solo estoy, Dios mío... ¡qué solo!